



CERTAMEN LITERARIO

palabra de mujer

2 0 0 0 - 2 0 0 2

**Edita:** Excmo. Ayuntamiento de Logroño  
Unidad de Servicios Sociales

**Dep. Legal:** LR-57-2003

**Imprime:** OCHOA Impresores, S.A.  
Pol. Ind. La Portalada II. c/ Cordonera, 9.

**INTRODUCCIÓN** ..... 5  
**BREVE RESEÑA DE LAS AUTORAS** ..... 7

**CERTAMEN LITERARIO palabra de mujer 2000**

**POESIA** M<sup>a</sup> Amparo Cámara Tre > **Días en blanco** ..... 13  
M<sup>a</sup> Carmen Fernández Ezpeleta  
> **Empuña la palabra** ..... 15  
Blanca M<sup>a</sup> Fernández Pérez > **Nació mujer** ..... 19

**NARRATIVA** Eva Arciniega García > **El olvido** ..... 23  
Ana M<sup>a</sup> Ruíz Onofre > **Ita, como piedra en su caída** . . . 31  
Beatriz Campillo Belmonte > **Cualquier día** . . . . . 39

**CERTAMEN LITERARIO palabra de mujer 2001**

**POESIA** M<sup>a</sup> Vega Arresti Díaz > **Secretos Blancos** ..... 45  
Margarita Salguero Esteban > **Hijo** ..... 47  
M<sup>a</sup> José Marrodán Gironés  
> **El aire fue un rumor de transgresiones** ..... 51

**NARRATIVA** M<sup>a</sup> Carmen Martínez Lasanta > **Angélica** ..... 55  
Ana Tovar Sáenz > **Ayer vi a María** ..... 63  
Begoña Abad de la Parte > **Desencuentro III** . . . . . 69

**CERTAMEN LITERARIO palabra de mujer 2002**

**POESIA** M<sup>a</sup> Vega Arresti Díaz > **Plegaria de mujer** ..... 73  
Isabel Celadilla Santamaría  
> **Con alas de esperanza** ..... 77  
M<sup>a</sup> Carmen Fernández Ezpeleta  
> **Las tierras del hambre** ..... 81

**NARRATIVA** Piedad Valverde López > **El día señalado** ..... 85  
Begoña Abad de la Parte  
> **Monólogo o diálogo de besugos** ..... 93  
M<sup>a</sup> Carmen Tejada Navarro > **Josefina Tarangón** ..... 99





El Ayuntamiento de Logroño está comprometido de forma incondicional con la idea de fomentar la visibilidad de la mujer en la sociedad. El Programa Municipal para la Promoción de la Mujer e Igualdad de Oportunidades cuenta, entre sus objetivos irrenunciables, con la apuesta decidida por potenciar la presencia de la mujer en todos los ámbitos de la cultura logroñesa.

A lo largo de la Historia, la mujer siempre ha ocupado un lugar destacado en las artes en la ciudad y el campo literario no ha sido una excepción. Desde el Ayuntamiento de Logroño estamos convencidos de la idoneidad de apoyar el espíritu creador de las logroñesas, cuyo talento podemos contrastar en estas páginas que compendian los textos de las tres primeras ediciones del certamen 'Palabra de Mujer'.

Tengo la seguridad de que iniciativas como ésta contribuyen al enriquecimiento de Logroño y de la calidad de vida de nuestros ciudadanos, ya que la literatura por encima de todo es libertad de expresión.

Deseo que el certamen municipal 'Palabra de Mujer' sirva de estímulo para que otras mujeres se animen a plasmar sus ideas e historias sobre el papel. Sin duda, de su ingenio y brillantez nos beneficiamos todos los vecinos de Logroño.



Julio Revuelta Altuna  
Alcalde de Logroño





# Breve reseña de las autoras

## PRIMER CERTAMEN 2000

---

### Poesía:

#### **Días en blanco · Primer premio 2000**

M<sup>a</sup> Amparo Cámara Tre

Nacida en Logroño en 1962.

Desde siempre ha sido aficionada a la escritura, con el tiempo fue encontrando nuevas fuentes de inspiración, como han sido la música y la lectura, unidas a su particular forma de ver las cosas.

#### **Empuña la palabra · Accésit 2000**

M<sup>a</sup> Carmen Fernández Ezpeleta

Nació en Alfaro (La Rioja) en 1953.

Trabajó desde los 14 años hasta los 23 en una fábrica de conservas vegetales. Dejó el trabajo para marcharse a estudiar a Zaragoza y allí obtuvo el título de Profesora de E. G. B.

Casada con dos hijas, imparte clases en su ciudad natal desde hace 18 años de educación de adultos: graduado, colectivos de inmigrantes, gitanos, amas de casa...

Amante de la literatura en general y de la poesía en particular. Escribe desde su juventud, aunque muy esporádicamente.

**Nació mujer · Accésit 2000**

Blanca María Fernández Pérez

Nació en Clavijo (La Rioja) y reside en Logroño.

Licenciada en Psicología y Diplomada en Enfermería.

Aficionada a la lectura –novela histórica, relatos, viajes, intriga, ciencia ficción...– y a la escritura –relato corto, poesía– jamás presentados en público hasta este poema.

Otras aficiones: la jardinería, la naturaleza, el arte, la arquitectura, la escultura y la pintura–.

**Narrativa:****El Olvido · Primer premio 2000**

Eva Arciniega García

Nació en Madrid, un 15 de noviembre de 1971.

Ciudadana del mundo por motivos del destino, aunque su corazón pertenece a Tenerife, isla llena de magia que hizo brotar en ella las palabras más profundas y las historias más surrealistas.

Estudiante de Psicología y Enfermera de Profesión.

Apasionada de la vida.

**Ita, como piedra en su caída · Accésit 2000**Ana M<sup>a</sup> Ruiz Onofre

Nací en Logroño el 14 de febrero de 1974.

Cursé estudios de Derecho en la Universidad de Burgos y en este tiempo es donde empecé a aficionarme a escribir, no por mucho leer y más a costa de escuchar a Sabina que “siete ignoran más de lo que aprenden, ocho que cuando atacan se defienden y dos que escriben por pasar el rato”.

**Cualquier día · Accésit 2000**

Beatriz Campillo Belmonte

Vivo en Haro (La Rioja) y nací en Vitoria. Tengo 31 años y soy Trabajadora Social.

Siempre me ha gustado leer y escribir y he ganado otros concursos de poesía y narración breve.

## SEGUNDO CERTAMEN 2001

---

### Poesía:

#### **Secretos Blancos · Primer premio 2001**

M<sup>a</sup> Vega Arresti Díaz

Nace en mayo de 1958 en la ciudad de Haro.

Escribe poesía desde adolescente. En su época de estudiante recibe varios premios locales y de su instituto. Más tarde, gana el 1º premio de poesía en un certamen organizado por A. N. E. S. V. A. T. (Zaragoza).

En la actualidad obtiene de nuevo el 1º premio de poesía por dos años consecutivos en el certamen "Palabra de Mujer" organizado por el Ayuntamiento de Logroño.

#### **Hijo · Accésit 2001**

Margarita Salguero Esteban

Nació el siglo pasado en Castrourdiales (Cantabria).

Licenciada en Filología Románica.

Colaboradora fija de LA CODORNIZ hasta su desaparición.

PREMIO INTERNACIONAL DE POESÍA "ANTORCHA DEL HUMOR". Valencia, 1978 por su obra: "Después de Dios, la olla".

Ha sido siete veces galardonada en el certamen poético "Piropos a la Virgen de la Vega" de las fiestas patronales de Haro, donde actualmente reside.

#### **El aire fue un rumor de transgresiones · Accésit 2001**

María José Marrodán Gironés

Nace en Logroño. Es profesora de Educación Primaria y Licenciada en Pedagogía. Actualmente directora del Equipo de Orientación de la Rioja Baja. Colaboró con la Voz de Avilés, y la Revista Internacional ESTÍO del grupo literario Mirandés. Participa en los encuentros literarios del Ateneo Riojano y de diversas delegaciones de cultura de la Rioja Baja. Autora del libro de poesía: "Desde el corazón@de la luna. com". En este momento colabora con la revista Fábula y es presidenta del Ateneo Riojano.

### Narrativa:

#### **Angélica · Primer Premio 2001**

M<sup>a</sup> Carmen Martínez Lasanta

Vine al mundo hace 43 años en Villamediana de Iregua y allí resido, frente a vestigios de bernardos y entre ecos de templarios. Currar... también curro allí, que



soy mujer y ama de casa, aunque también trabajo de ocho a tres entre recuerdos mercedarios, resistencias militares, aromas lejanos de tabaco y alumbramientos legislativos. Los escenarios son perfectos para una licenciada en historia, enamorada de su tierra, y fascinada por la vida, necesitada de los suyos, él y ellas, y asombrada de haberse permitido escribir hace unos meses unos cuantos relatos y algunas reflexiones y de verlos convertidos en dos premios y tres libros ya publicados "Acariciar", "Motivar" y "Consolar", en la Colección "Cuadernos de Interior".

### **Ayer vi a María · Accésit 2001**

Ana Tovar Sáenz

Nací en Arrúbal (La Rioja) el 19 de enero de 1964 y soy la segunda de tres hermanas. Estoy casada y tengo dos hijos: un niño y una niña de diez y seis años. Mi relación con los libros comenzó cuando aprendí a leer y se convirtió en mi actividad favorita. He leído todo tipo de géneros, desde el cuento de hadas hasta los grandes clásicos. Sin embargo, pasar a ser yo quien pusiera las ideas por escrito me llevó más de veinte años. Siempre quise hacerlo pero no me atreví hasta hace tres años animada por la profesora del centro para adultos donde estudiaba. Este año he superado el acceso a la UNED con la intención de estudiar Filología Hispánica.

### **Desencuentro III · Accésit 2001**

Begoña Abad de la Parte

Nacida en 1952 en Villanasur del Río Oca (Burgos) y residente en Logroño. Su primer premio en la Asociación de Amas de casa de esta ciudad en 1979 y en el 80 y 81 en la revista Cicerone Riojano. Accésits en las ediciones del premio Esteban Manuel Villegas en 1994, 95 y 96.

Accésits en Palabras de Mujer en el 2001 y 2002. Ha colaborado en la revista literaria "Fábula".

Trabaja para vivir, pero eso es puro accidente porque lo que le ha dado verdadero sentido a la vida, es descubrir la magia y el poder de la palabra y lo más importante que ha hecho en ella es caminar de la mano de sus hijos y creer en el ser humano. En su día plantó un árbol y está en la tarea de conseguir su mayor deseo: no desear.

## TERCER CERTAMEN 2002

---

### Poesía:

#### **Plegaria de Mujer · Primer premio 2002**

M<sup>a</sup> Vega Arresti Díaz

Obtuvo el primer premio de poesía en el año 2001 por "Secretos Blancos"

#### **Con alas de esperanza · Accésit 2002**

Isabel Celadilla Santamaría

Nací un cálido tres de agosto de hace dieciocho años. Mi casa siempre estuvo abarrotada de literatura, y entre Lorca, Neruda y otros muchos, crecí.

Recuerdo haber pasado horas intentando descifrar su mensaje, ese mensaje oculto que los une con la guerra, con la mitología, con el dolor o el amor. No recuerdo cuándo empecé a escribir poemas, tal vez sea algo con lo que nací. Ahora estudio Ingeniería Técnica en Diseño Industrial y los versos siguen bullendo, y espero que lo hagan siempre, en mi cabeza, pugnando por salir de su encierro, ya estén malformados o completos, y ofrecerse a quien los quiera escuchar en su tránsito hacia la eternidad.

#### **Las tierras del hambre · Accésit 2002**

M<sup>a</sup> Carmen Fernández Ezpeleta

Obtuvo un accésit de Poesía en el año 2000 por "Empuña la palabra"

### Narrativa:

#### **El día señalado · Primer premio 2002**

Piedad Valverde López

Nació en el sur hace sólo cuarenta años y aunque anhela el sol de allí, se vino al norte en busca de otros soles que también calientan. Vera es del sur y Marina del norte, así que ella es cuarto y mitad de riojana, por lo menos. Escribe desde que descubrió que la literatura era una fuente de ingresos, entendidos estos como la admiración y el cariño de su familia. Nunca su afición le reportó otros ingresos, aunque se gana la vida muy honradamente contando cuentos e historias a los jóvenes de la ciudad. Lo mejor que ha hecho es el bachiller a los veinticinco años y lo peor que podría hacer es acabar estas líneas sin acordarse de Jorge, su secreto a voces.



**Monólogo o diálogo de besugos · Accésit 2002**

Begoña Abad de la Parte.

Obtiene un Accésit de narrativa en el 2001 por la obra: "Desencuentros III".

**Josefina Tarangón · Accésit 2002**

Carmen Tejada Navarro

Nace el 16 de julio de 1972 en Logroño. Reside en Logroño y trabaja como Auxiliar Administrativa en la Comunidad Autónoma de La Rioja.

Escribe desde niña y le encanta leer y aprender las técnicas de sus escritores/as favoritos.



# > Días en blanco

Amparo Cámara Tre

Primer premio · Poesía · 2000

De aquel tanto amor,  
este silencio y esta luz  
venidos desde hace tantos días  
y desde tan cerca.  
Este silencio de la casa vacía  
que cicatriza lentamente  
tantos abrazos y tantos veranos  
y esta luz de vidrio acribillado  
que no destiñe los escenarios.

Entre las mismas paredes  
del mismo tiempo  
-tu cuerpo y el mío-  
habitan los mismos seres enamorados,  
aunque ya no vea tus ojos  
y te pertenezca,  
aunque el viento me desvele afuera  
las huellas de tu huida.  
Ya lo sabemos, todos lo sabemos  
y hay muchos días en blanco  
en que nada puedo decir.

Con mis manos desatadas,  
haciéndose sombra de las tuyas,  
junto a las hortensias,  
esta tarde,  
alcanzaré aquellas tardes  
igualmente dadas al abandono,  
sobre la arena, desnudas o entre la hierba,  
cuando de pronto aparecía la muerte o la risa.  
Conservo la humedad  
de aquellas miradas fijas  
y un deseo de lo eterno  
como envidia al viento,  
entreabiertas las puertas,  
apropiándose de nuestra casa.

Sólo entro,  
como siempre,  
a medir tu pérdida  
y cuánto crece el musgo en mi frente.  
Pregunto a los grifos oxidados  
qué imágenes levantará el polvo  
cuando esta luz  
sólo sea trizas de escombros.  
Y si es verdad que nuestras almas  
colgarán como retratos  
cuando las paredes vuelvan a ser barro.

Antes de que llegue la noche,  
o casi, antes de que la ciudad  
atrape este silencio de amor definitivo  
con lengua de andamios,  
quisiera cambiar nuestros cuerpos,  
que tu despedida  
sólo cierre las puertas de la casa  
y que la mía  
sea la voz de aquellas campanas ●



# > Empuña la palabra

M<sup>a</sup> Carmen Fernández Ezpeleta

Accésit · Poesía · 2000

Mujer, sonrisa del mundo,  
compañera y madre de los seres  
que bajo el firmamento moran.  
Por los siglos de los siglos,  
has llevado una vida cenicienta,  
humillada, moribunda.  
Condenada a la cruz desde el paraiso,  
arrastras desde entonces tu pesada carga,  
maquillada, a veces,  
por bellas palabras,  
plenas de conceptos y retórica engañosa,  
enmascaradas de quiméricos derechos  
y paternal protección.  
La faz de la Tierra contempla,  
asombrada e impasible,  
las múltiples cruces  
que la mitad de la humanidad padece,  
alegando como único delito  
su condición de mujer.  
Tu llanto íntimo,  
bulle bajo tu piel,  
y de esa oscuridad a la que te condenan,  
surgen, como rayos de sol,

finas delicadezas, caricias, amantes gestos,  
que sólo a unas manos maternas corresponden.  
Tu llanto externo,  
expresado en días de lluvia  
para fundirlo y ocultarlo,  
mitiga ese dolor secular encarcelado.  
Y si dentro de tu universo,  
has logrado crecer como ser humano,  
el alud de sinrazones  
que tus iguales soportan,  
te hace brotar del alma,  
un aullido de dolor y queja,  
y el profundo deseo,  
de que el río de la cultura y la libertad  
irrigue de igual modo,  
la savia de todos los árboles del Planeta.  
Hay demasiados lugares,  
en que la mujer,  
a fuerza de respirar esclavitud,  
vive con resignación,  
sin horizonte.  
Es preciso llegar a ella,  
a lo más profundo de su ser,  
y hacerla libre,  
libre para pensar,  
libre para actuar,  
libre para vivir en plenitud  
su propia existencia.  
Y somos nosotras, las mujeres,  
las que tenemos que empuñar la palabra,  
luchando con tesón y coraje,  
para arrancar los clavos  
de las crucificadas del mundo.  
Los frentes son numerosos,  
y hay mucho por conquistar,  
pero cuando las armas que se esgrimen,



son palabras desnudas,  
plenas de inquebrantables deseos  
de la búsqueda de la justicia,  
de la igualdad, de la comprensión,  
del amor, de la paz,  
el afán por conseguir la victoria,  
te hace olvidar,  
las heridas del combate.  
Debemos conseguir,  
que los ruseñores de la mujer,  
y los ruseñores del hombre,  
canten al unísono,  
y el fuego de su hogar,  
caliente de ambos,  
sus grandezas y sus miserias.  
Pues son esos hijos de hogar,  
en igualdad criados,  
sin distinción de amores ni de sexos,  
la esperanza que alienta e ilumina,  
la sonrisa de las mujeres del mundo ●





# > Nació mujer

Blanca M<sup>a</sup> Fernández Pérez

Accésit · Poesía · 2000

Marcada por la vida, con convulsión y llanto,  
en luces y esplendores, un día de un abril,  
nació mujer

Y así me la educaron, envuelta en suavidades,  
en gasa y algodones, con lazos y puntillas,  
muñecas y cocinas,  
porque  
nació mujer

Valores transmitidos fueron condescendencia,  
abnegación y entrega, pero derechos no,  
sumisión, obediencia, dedicación, trabajo,  
sacrificio y amor,  
ya que  
nació mujer

Innato le otorgaron intuición y palabra,  
estética y tesón, aguante y fortaleza,  
emocionalidad y llanto,  
pues que  
nació mujer

El pasar de los tiempos trastocó los valores.  
Se le exigió dureza, competitividad,  
puntualidad y orden,  
ciencia y conocimiento,  
aunque  
nació mujer

Esfuerzos redoblados del hoy y del ayer,  
nuevas obligaciones, derechos por nacer,  
luchar fue su futuro,  
ya que  
nació mujer

Como en los viejos tiempos sirvió de compañera,  
madre, administradora, amante y cocinera,  
cuidadora y amiga, ama y esclava unida,  
porque  
nació mujer

Alegre la mirada, sereno el ademán,  
enfrentase al presente en pos de la ilusión  
que guió a sus ancestros a la procreación,  
debido, no dudarle,  
a que  
nació mujer

La carne desgarrada, la sangre en borbotón,  
la nueva vida alumbrada, cumplida la misión.  
Misión de quien depende toda continuidad  
y a la que no se niega,  
ya que  
nació mujer



Y el círculo se cierra, mas no repetirá,  
valores trasnochados no se transmitirán.  
Para la nueva vida queremos equidad, igualdad y justicia,  
también autonomía, trabajo y formación,  
además tolerancia, amor y comprensión.  
Vivir en la concordia, trabajar en la paz,  
colaborar unidos, igual participar.  
No excluir por el sexo, la raza ni la edad,  
tampoco los valores nos deben separar  
Y así, de esta manera, podemos intuir  
al nuevo ser nacido, un futuro feliz,  
pese a que no interese, e irrelevante sea,  
si es que  
nació mujer ●





# > El olvido

Eva Arciniega García

Primer premio · Narrativa · 2000

Me levante más temprano que de costumbre, camine al cuarto de baño pensativa, extraña como si quisiera recordar algo, pero no sabía qué, algo se me olvidaba, sé me escapaba de mi mente, ¿pero qué? Con esa sensación extraña regresé a mi habitación, contemplé mi cama, la lámpara verde encima de la mesilla de noche, junto a ella estaba mi adorado cenicero de barro en forma de cara de diablo, ¿quién podría decir que una cara de diablo me resultara tan graciosa?, tenía la boca abierta, sus ojos no eran malos sino alegres seguidos de dos pequeños cuernos que le salían de la cabeza y tenía dos orejas que le servían de agarraderas, ¿no sé que tenía de especial?, solo se que me gustaba porque era diferente, era hermoso a pesar de ser de barro y ajeno al mundo.

Seguí analizando detalle a detalle mi habitación, buscaba tal vez algo que me hiciera recordar aquello que creía haber olvidado, me dirigí a una pequeña estantería de madera oscura situada a un extremo de la habitación. Estaba llena de libros desordenados de todos los tamaños y colores ubicados unos sobre otros por falta de espacio pero de una manera agradable, allí estaban mis libros favoritos, que por alguno título o simplemente por las fotos, los había comprado y ahora formaban parte de mi colección. Al lado del mueble había un sofá de cuero blanco muy sencillo, la verdad me pareció una hamaca, porque su esqueleto de

madera era como esas sillas de la playa donde una tela va sujeta a los bordes de un armazón. Pero mi sofá era algo más fino y más grande y muy cómodo, pasaba muchas horas sentada en él, escribiendo, leyendo, escuchando música o simplemente soñando, dominando desde arriba del sofá, había una lámpara alargada de bambú, me di cuenta que ese rincón era muy especial, ¿estaría allí lo que buscaba o lo que había olvidado?, repase nuevamente el rincón, no había nada que me hiciera recordar lo que quería, me dirigí al baño pensativa... un recuerdo infantil vino a mi mente, mi hermano y yo corríamos por un prado verde riéndonos tan libremente, haciéndonos cosquillas y revolcándonos por el campo, de repente apareció un pato blanco que detuvo nuestros juegos y nos dejó enmudecidos, mi hermano corrió hacia el pato tratando de cogerlo pero sus pequeñas piernas no eran ágiles ni rápidas y mientras el pato se alejaba chillando para que le dejaran en paz mi hermano se cayó de cabeza en un charco, se puso de barro hasta las orejas y lloraba a todo pulmón mientras yo me partía de risa sin poder moverme para ayudarlo... lo que sí hizo nuestra madre... no sé porque recordaba eso, sería tal vez porque esa fue la primera vez que mi madre me dio un bofetón y que me llamaba estúpida por reírme tanto, la verdad no lo sé, pero lo que sí sé es que desde ese día odio los patos... tal vez recordaba aquello por que al entrar al baño lo primero que vi fue la jabonera que era un patito amarillo con un lazo azul en el cuello, mire a mi alrededor y solo vi un water blanco como la leche,...? recordé el día que cogí uno de los peces del acuario de mi padre y lo eche al water porque pensaba que allí podría nadar mejor, todo iba bien hasta que fui a por la comida de los peces, al volver oí la cisterna del water, cual fue mi sorpresa al ver salir del baño a mi madre con los ojos clavados en una revista de modas tan tranquila ¿acaso no se había dado cuenta de la atrocidad que acababa de cometer?, como se lo diría a mi padre, decidí guardar el secreto, por suerte, mi padre se le olvidó dar de comer por varios días a los peces, y cuando se dio cuenta que le faltaba uno, dijo que el otro pez se lo había comido, nunca más se me ocurrió hacer lo mismo... que me pasaba hoy

estaba extraña y melancólica todo me traía recuerdos, pero seguía sin saber que había olvidado...

Entré en la cocina, me senté en un viejo taburete de pino y mis ojos se clavaron en una pequeña cafetera roja, era tan roja que la sangre perdía su plenitud junto a ella, las rosas rojas eran menos rojas ante esta cafetera, era más roja que el mismo rojo, la verdad no sé porque me llamaba tanto la atención, ¿sería el contraste de la cocina blanca y la cafetera roja solitaria encima de la encimera?, ¿tendría que ver el color rojo con lo que había olvidado?, Todo me resultaba diferente de lo habitual, como si mi olvido me hubiese hecho revivir mi vida y los pequeños detalles de mi piso. Hubiese sido mejor no salir de la cama, tenía frío... una chimenea roja apareció en mi mente... otro recuerdo... de nuevo el color rojo... unas copas de vino se cruzaron ante mis ojos, una música suave y relajante empezó a sonar muy lentamente... recuerdo que era una fiesta... palabras y más palabras iban de un lado para otro en ese lugar, había mucha gente... una amiga me había invitado a su casa porque daba una fiesta además me había dicho que me podía quedar a dormir allí, tenía habitaciones de sobra,...? recuerdo que pensaba en que se terminara pronto la fiesta para poder disfrutar del silencio y de la chimenea, la casa estaba perdida en la montaña y alejada de la ciudad, del ruido, solo estaba rodeada de estrellas y de silencio. Me fui a mi habitación y me puse un pijama naranja con calcetines negros muy gruesos de lana porque tenía frío, me recogí el pelo, y me fui al salón a calentarme en la chimenea mientras bebía una copa de vino tinto, de vino rojo, me quede allí quieta, inmóvil al otro lado del salón. Sentado en un sofá había un hombre que también contemplaba el fuego,...? recuerdo que era muy tarde y todos los invitados se habían marchado, la anfitriona se había ido a la cama hace ya un buen rato, solo ese hombre y yo estábamos despiertos disfrutando de la paz y la tranquilidad de aquella casa, se podía tocar la luna por los enormes ventanales que la rodeaban... solo recuerdo que nuestras miradas se cruzaron, el calor de la chimenea encendió nuestros cuerpos, poco a poco las palabras nacieron y en el salón compar-



timos la noche y las estrellas, de repente todo dejó de existir, nada importaba, la casa era nuestra, se convirtió en un refugio, el silencio nos unió, nuestras miradas hablaban con tanta tranquilidad, no existía ni pasado ni futuro solo un presente inmediato, nos conocíamos de siempre, poco a poco perdimos el miedo y empezamos a hablar, mientras algún cigarrillo alumbraba la noche. Hablamos de libros, de nuestras vidas, de la vida, de la muerte, de los sueños y de ambos... recuerdo como el vino recorría mis venas, mientras la música invadía mi mente, la risa y el tiempo se unieron perversamente convirtiendo cada palabra y cada segundo en magia blanca, en locura eterna, ya no existía la noche, sin querer nuestras manos se tocaron, marcaron el compás de la música lejana, los ojos se cerraron, solo sentíamos, dibujamos nuestros cuerpos con caricias sutiles, nuestros labios se rozaron dulcemente y encendió el fuego más profundo, el olor de dos cuerpos envolvió el ambiente, los besos nacieron silenciosamente, el tiempo corría robándole oscuridad a la noche y al sueño, la mañana nos sorprendió frente a la chimenea apagada, un par de inciensos quemados que decoraban la habitación, juntos disfrutamos del delirio y la simpleza, del respeto, de la unión y del placer, recuerdo que era feliz... cada noche entre sábanas envueltas de calor, compartí junto a él, el conocimiento, la vida... nunca sobraron las palabras pero faltó tiempo, recuerdo que le quería tanto... pero se marchó, solo quedó un par de promesas, varias lágrimas, un profundo reproche y una larga pero muy larga espera... recuerdo aquello como si fuera hoy... recuerdo la despedida y esa cafetería... yo sabía que esa historia llena de magia solo podía ser posible y duradera cuando se sabe que es imposible, no sé porque al saber que algo no puede ser, todo se siente de otra manera, la pasión es más pasión y el dolor más dolor, esos son recuerdos que no quiero y tampoco debo olvidar jamás... de nuevo la cafetera, su rojo pasión me hizo volver de mi recuerdo y situarme en la cocina todo estaba tan limpio, la verdad no había una sola mota de polvo,...? ¿qué había olvidado?... tratando de recordar, recordaba cosas de mi vida escondidas en algún rincón de mi mente... salí de la cocina y

me fui al salón, había cuadros abstractos en las paredes, también estaba una copia del "Guernica " de Picasso, y el que más me gustaba era la "Persistencia de la memoria", de Dali, ese cuadro era mágico, increíble, trasmitía una fuerza salvaje e indomable, al final del salón estaba también el cuadro de Dalí, "Muchacha en la ventana"... la muchacha estaba en una ventana y miraba tranquila el mar, un mar apacible y quieto... me deje llevar por esa quietud y recordé el sonido del mar, ese sonido del mar que me decía una y otra vez... ven, aquí te espero, tócame más nunca seré tuyo, así recordé el sonido del mar... perdida en esa imagen recordé las vacaciones que pase en un pueblito al lado del mar plagado de buitres tan negros como la misma muerte, un pueblo sin sueños, solo arena, lo cruzaba una carretera angosta con muchas cruces a lo largo de su travesía, que significaba la muerte de alguien en ese lugar de la carretera, por ello solo los días uno de noviembre, o sea el día de los muertos o todos los Santos, ese pueblo parecía tener vida pues en cada cruz había un ramo de flores, la verdad que era una visión deliciosamente macabra.

En ese pueblo el tiempo se había detenido, tal vez por el calor, las moscas jugaban libremente en los mercados y en las esquinas donde el hedor a orín era insoportable, pero lo gracioso era que ese orín no era de animal sino de hombres y mujeres que hacían sus necesidades en cualquier lugar y momento, convirtiendo las esquinas en asquerosos baños públicos y en el paraíso de las moscas... recuerdo a los hombres panzones, con cara de bobos, se reunían a diario en cualquier lugar para beber su agua bendita como ellos le llamaban a la cerveza, era el oasis de los borrachos, se podía decir que esa gente trabajaba para beber no para comer, jamás faltaría la cerveza en ninguna casa, la mujer de esos hombres era también participe de ello, esas mujeres vestían sus cuatro trapos de toda la vida, lavarían, cocinarían, plancharían, aguantarían a sus borrachos maridos y parirían hijos tras hijos hasta que ya no pudieran más, ese era su mundo me preguntaba si serian felices. ¿Tal vez sí?.



También recordé el polvo de ese pueblo, era un polvo penetrante, espeso, cubría todo como rey y señor de los muebles, de los cuadros, de la ropa, de los pisos, de las ventanas todo lo llenaba con su manto... lo único agradable que recuerdo de ese pueblo, era el mar... imponente, sus olas me mecían, su sonido me embrujaba... recuerdo que estaba triste... recuerdo que el mar me llamaba y que caminaba hacia él... en ese momento recordé mi piso, a mi familia y a mi soledad... otra vez mis pensamientos se perdieron en el sonido del mar...

Recordé entonces un vestido blanco, era una boda, mi boda, recordé las flores, las risas, la alegría, iba a ser la señora de... recordé los besos, las promesas, los te quiero... una lágrima resbalo por mi mejilla... recordé también al paso del tiempo mi cara manchada de miedo y de dolor, recordé una mano que me agredía, era la mano de aquel que antes me prometía amor eterno... y yo me preguntaba ¿por qué?... ¿por qué?... ¿por qué?... me lo preguntaba una y otra vez,...? tal vez porque no era una buena cocinera?, o ¿porque la ropa no estaba bien planchada?, tal vez ¿no era lo suficientemente buena? o ¿por el alcohol?... o ¿porque sí?...

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, recordé mis lamentos, mis suplicas, mi llanto, pero nadie me escuchaba... poco a poco deje de sentir, deje de ser mujer, mi cuerpo se convirtió en una muñeca, en una muñeca rota... rota... rota... poco a poco dejar de pensar, de soñar, de vivir...

Recordé entre el sonido del mar, las lagrimas que una a una me había bebido, sola, siempre sola.

Volví de mis recuerdos y seguía allí frente al cuadro de la " Muchacha en la ventana" y fue cuando recordé lo que había olvidado,...? olvide que ya no existía, olvide que ya no pertenecía al mundo sino al mar, olvide que todo era un recuerdo... mi vida era solo una acumulación de recuerdos... recordaba aquello que ya no era mío, pero que estaba allí latente en algún lugar de mi memoria...

Ahora solo me quedaba el mar, él me llamo y yo fui, en él tuve paz...

Tristemente suspire, guarde silencio y camine lentamente, casi sin sentir el tiempo, pensando.

Solo era un fantasma melancólico, con sus ilusiones rotas y sus sueños muertos... y los sueños muertos no resucitan.

FIN ●





# > Ita, como piedra en su caída

Ana M<sup>a</sup> Ruíz Onofre

Accésit · Narrativa · 2000

*" Y se me escapa la vida, ganando velocidad,  
como piedra en su caída. "*

Jorge Guillén

- I -

Hacia ya más de cinco años que colgaba de la pared del salón aquella placa concedida por la Unidad administrativa número siete, a María Francisca Benitez Pérez, por los treinta años de servicio y dedicación a la atención de los ciudadanos logroñeses. Fechada un veintiséis de febrero de 1995. Ahora, se encontraba en aquella oficina que la cobijó durante 72. 000 horas de su vida. Solamente que, en esta ocasión, apoyaba sus brazos desde el otro lado del mostrador que tantas veces solicitó que lo cambiasen. ¿Dónde estará Marimar?- pensó- aquella chiquita que entró poco antes de su jubilación, ¡maja chica!, y guapa, ¡muy guapa! Ella también había sido guapa, y todavía, aquellos días en que la artrosis no le trae el desayuno a la cama, se puede detectar la sombra de sus cementosos ojos. Fué el abuelo Paco, albañil de toda la vida, quien comparó el color de sus ojos con el gris del cemento. Lo mejor que se le ocurrió en toda su vida. ¡Sabe Dios lo que tuvo que escuchar la abuela, para que esto fuera lo mejor!

Nadie sabe cual fue el motivo por el cual mi abuela se casó con él. No creo ni que ella misma lo sepa. Cada uno tenia su propio coche, iban en direcciones opuestas, y la mediana les impedía verse. Ella en su Golf, él en la Mercedes Benz, ella hacia la derecha, él a la izquierda, y el abuelo, era miope.

-¡Paca!, ¡Que sorpresa más agradable!- Dijó el señor de bigotes. Previamente, dejó con la mano derecha, el camel en el cenicero del todo a cien y con la izquierda, se agarró el extremo de la corbata. Una corbata que debió de comprar a la par que el cenicero.

-Dichosos los ojos. -Continuó- ¿Y quién es esta muñeca, que traes contigo?- Dijó, mientras me remostaba la nariz con sus apuestos dedos nipones.

-Mi nieta Monsita. - ¡Vaya!, ya esta con lo de Monsita, debemos ser la familia "ita"; Luisito, Monsita, y Paquita. Sus tres nietos, a los cuales, por muchos "itas" que nos ponga, somos los tres nietos menos cariñosos de todas sus amistades. Tres nietos que no pidió para reyes, pero como a mí el carbón, nos lo trajeron de sorpresa.

-¿Cuántos años tienes, bonita?. - Y volvió a remostarme la nariz, esta vez, con el pulgar y el índice y con un poco más de mala leche.

-Ocho, Sr. Agustín. - Contesté lo más procaz y educadamente posible. Y el Sr. Agustín, volvió a meter la mano en el bolsillo del pantalón, tardó en sacarla, pero al fin extrajo un caramelo que parecía ser de fresa y no se lo hubiera comido ni el monstruo de las galletas. El envoltorio está tan deslavado como sus pantalones. No hay duda de que este caramelo ha intimado con Wips Espres.

-Muchas gracias. - Y la abuela babea ante mi exquisita educación, propio de su nieta, "pequeñita".

- II -

Yo soy Luis, Luisito en la familia, el segundo de los nietos y el más inocente de los tres, o si no lo soy, así me lo han dicho siempre, mi abuela, mi madre y mi hermana, me parece una descortesía por mi



parte, contradecir a tres generaciones de instinto femenino. No quisiera que conociesen a mi abuela solamente a través de mis hermanas. En primer lugar, M<sup>a</sup> Francisca Benitez Pérez, "La Paca", nunca ha sido una abuela como tal, por lo menos, no como las de mis amigos. Nunca nos ha mimado, nunca nos ha felicitado por nuestros cumpleaños, ni nos ha hecho chocolate para desayunar, y lo peor de todo, jamás nos ha dado la paga. Sospecho que este último motivo es el que más ha desagradado a sus benditos nietos, sobre todo a mi hermana Paquita.

La abuela sigue viviendo en su casa, ajena a todos nosotros, pero desde su caída no camina con la misma soltura de antaño. Soy yo, quien la acompaña al parque. Ella se queda sentada en el tercer banco, donde da el sol toda la mañana. El Sr. Pablo suele estar ya cuando llegamos, pero hoy no. Lola, la del hijo dentista, ha dicho: Seguramente a Pablo le haya dado otro cólico, ayer tenía mala cara. - El Sr. Pablo tiene mala cara siempre, es uno de esos hombres a los cuales las arrugas les van haciendo círculos concéntricos alrededor de la boca. La nariz se le ha ido alargando y los ojos hundiendo, de lejos me recuerda al tamagochi de Monsita, solo se ven las cejas y las rayas de la boca.

Yo sé, que a ella, no le gusta que le acompañe, a mí tampoco me apetece hacerlo, pero mi madre y su hija, nos obliga a los dos. Ninguno somos lo suficiente valientes para plantarle cara, ni para decírnoslo entre nosotros. Yo le acompaño por mi madre y ella se deja acompañar, por su hija. Sé que le estorbo, que le gusta estar sola, a veces, incluso, sentirse sola. En el fondo, no me duele, porque a mí también me gusta.

-¿Por qué la abuela se sienta siempre en el mismo banco?. - Me preguntó un día Monsita- ¿Qué espera?. - Pero no supe que contestarle.

Así, uno de esos días que le acompañaba hasta el parque de San Miguel, después de haber ensayado unas cuantas veces la forma de preguntárselo, me precipité sin más:



-Abuela, ¿qué esperarás?. – Olvidé la introducción que había pensado, si bien, ella no pareció sorprendida ante semejante pregunta.

-Nada Luis, solo espero que se acabe el día lo antes posible. - Y eso me dijo, la misma abuela. La misma boca que tantas veces me había repetido: Que los que esperan no cuenten las horas. La misma mujer que había querido ser una Vargas. Los otros ojos que nunca miró y aquella sonrisa que nunca correspondió. No tenía que decirme nada, ya lo había pensado todo. Yo tampoco hablé. En ese momento, el Sr. Pablo se dejaba ver, entre el titubeante paso de otras abuelas y los intermitentes gritos de otros nietos. Avanzaba hacia el banco como si sus pensamientos, su bastón y nosotros, fuéramos tres completos desconocidos. Tanto, como para mí eran los de mi abuela, tanto como lo son las vidas ajenas. Allí los dejé sentados, en mutua compañía y compartida soledad, en dirección a un sol que ya no miraban por miedo a acostumbrarse.

- III -

Yo, Paquita, la pija de los nietos. La materialista, la madura, la mayor y la más realista de los tres. Mi objetivo en la vida, es vivir bien, es decir; coche, piso y chalet en las afueras. Que mi abuela me dejé buena herencia y que los kilos y las arrugas se agolpen en mi culo inversamente proporcional a los millones en mi cuenta. La placa del salón, no sirve mas que para atraer al polvo y las excentricidades de mi abuela, i cosas de viejos!

Por ser la mayor, fui la primera de sus nietos, primera en tener el honor de recordarle que ya era vieja. Su amiga Marcelina sabia que mentía cuando le decía: Paca, isi parece tu hija, en vez de nieta! y mi abuela le respondía: No Marcelina, i qué los años nos pesan a todos! i Patrañas!, a las dos se les aglomeraban las arrugas detrás del retinol activo. Si

bien, he de decir que mi abuela, era la más guapa de todas ellas, que lo había sido siempre y que sus amigas todavía no se lo habían



perdonado. Pero mi existencia era un puñalito que le clavaban cada vez que podían.

Sobre Agustín, el de los caramelos, no es lo único que dio a mi abuela, además de algún que otro disgusto, también le proporciono el calificativo de adúltera. El de los bigotes, Monsita querida, no solo tiene amarillos los dedos, también la agenda de teléfonos. Fue amante de la abuela durante un par de años, detrás de su amiga Marcelina y antes de la guapa chiquita Marimar. Pero bueno, estas cosas, ya se sabe, solo ocurren en las películas y por supuesto, nunca a tu madre o abuela. Y entre tanto, te comes las uñas en el cine, esperando que Meryl Sreet y Clint Eastwood vuelvan al puente. Pero cuando la que espera en el puente es la vecina del quinto o, peor aun, tu abuela, no son, precisamente las uñas, lo que te comes. Pues si, querida Monsita, apreciado Luisito, la abuela fue la vecina del quinto, pero no en "Los puentes de Madison", sino en la Unidad administrativa número siete. Así que hermanitos, dejad a la abuela en su banco, pero estad seguros de que sus pensamientos, no están tan arriba, sino en un cuarto de siete metros cuadrados con tubos incandescentes y mostrador de madera. Que si pidió que lo cambiasen, fue por lo extremadamente incomodo que resultaba, no ver bien, el culo del Sr. Agustín.

- IV -

- ¡Qué has hecho!- Monsita comenzó a llorar mientras Paquita se carcajeaba desde el sofá.

- Quería leer lo que pone en esa placa pero al apoyarme en ella se ha caido al suelo. - El cristal se ha hecho añicos y el marco deformado como la cara de Monsita.

- La has hecho buena. - Objetó Paquita. Monsita rompió de nuevo a llorar.

- Vamos Monsita, no pasa nada. Ya se lo digo yo a la abuela.

- No es mejor, que huyamos del país, ahora que todavía la abuela no ha salido del baño. -Comento Paquita con su sarcasmo habitual y por supuesto Monsita, volvió a llorar.



- ¡Cállate ya Paquita!- Le dije mientras recogía uno por uno, "los treinta años de dedicación a la atención de los ciudadanos logroñeses". En ese momento se oyó la puerta del baño, mi abuela ha acabado de arreglarse. Nos va a pillar. Creo que hasta a mí me dan ganas de huír. ¡Pobre Monsita! Viene hacia el salón. No hay nada que hacer.

- ¿Qué ha sido ese ruido?- Preguntó la abuela con el ojo derecho. Con el izquierdo ya había localizado la respuesta. Monsita y su congoja aumentaron el volumen. Paquita seguía teniendo en su cara ese gesto burlón, de estar por encima de todo.

- Me he acercado para leerla y al tocarla se me ha caído. - Intente explicar, sin mucha convicción, lo que debía de ser un accidente. Monsita con sus ojos, me prometía diez viajes a comprarme gominolas y un mes de recogerme la habitación. No es un mal precio.

- Esta bien, no pasa nada, recoged todo y tirarlo a la basura. ¡Cuidado no os vayáis a cortar!- Tal fue la sorpresa que hasta la inmutable de Paquita, dejó que su cara, arrugase la frente.

- V -

"Logroño, a 25 de marzo de 2000.

Querido Luisito, te escribo estas letras, con la intención de felicitarte en tu vigésimo segundo cumpleaños. Ahora que llevo unos meses tan lejos y gracias a los cotilleos de la vecina del quinto, que murió la semana pasada, he podido saber, lo importante que son para ti estos detalles y por ello me he dispuesto a escribirte esta carta. Con el correo electrónico todavía no me he familiarizado, pero estoy tomando clases, por cierto, con Francisco, padre de tu amigo Martín. Dilé que esta como una rosa, que no se preocupe, que el dinero que saco de su cuenta el jueves, ya no lo necesita. En cuanto a lo del chocolate, la verdad, creo que exageráis, no te acuerdas, aquel día que os lleve a la chocolatería "Valor", el día que la inauguraron. Si hombre, si había quedado yo con Marcela, que también tenía que quedarse con sus nietos. Menuda tarde nos disteis. A ti se



te cayo la taza en todo el pelo y tuvimos que llevarte a casa nada más sentarnos. Aunque sin duda, lo peor es lo de tu hermana Paquita, ¡qué no le he dado yo veces dinero!, y la cantidad de trapitos que le he comprado. Aquí todos llevamos uniforme, eso sí, diseñadas por Versace. Le gustarían mucho a Paquita, túnicas de lino, con una manguita de gallo preciosa. Para que te hagas una idea, parecidas a las del vestido que se empeño en ponerse para la boda de vuestro primo Anselmo.

Ahora que he conocido a las abuelas de dos de tus amigos, la de Manu, el de Alberite y a la de Carlitos, te digo Luisito, que no tienes nada que envidiar. ¡Señor! Por muy bueno que hagan el chocolate, te juro Luisito, que son insoportables. A veces huyó al jardín para estar un rato tranquila, pero allí suele hacer bastante frío, aquí no hace nunca sol. Los días se suceden sin necesidad de sol, el calor viene de dentro, es una sensación extraña al principio, poco a poco voy acostumbrándome. Una especie de segunda menopausia. Este lugar, te gustaría, ayer, sin ir más lejos estuve hablando con el mismísimo jefe de todo esto. Este sí que es listo, le da mil vueltas al Bill Gates, este sí que tiene información. Ya me dijo, que has dejado la universidad, pero no te preocupes, también me ha dicho que tu vida no depende de ello. Lo demás, imposible de contártelo, aquí también guardamos secreto profesional. Ahora, que ya no os necesito, os hecho en falta, a veces, incluso, la indiferencia de Paquita, la ironía disfrazada de muñeca, de Monsita, y a ti, sobretodo a ti. Por que muchas veces he pensado, que en realidad, tu has sido mi único nieto. Ahora, que nadie me molesta, me gustaría que lo hicieseís. Ahora, que ya no tengo llagas ni ojos, quisiera que metieseís el dedo y la paja. Pero quizá sea demasiado tarde, como llegó todo a mi vida. Nunca te di ningún consejo, ni te mime, pero no me lo reproches. Nunca los pude dar, porque no eran míos, solo prestados. Si los jóvenes os dieraís cuenta de lo rápido que pasa la vida, no viviríaís como yo lo hice. Adiós Luisito. Desde aquí, me despido por última vez. Tu abuela. " ●





# > Cualquier día

Beatriz Campillo Belmonte

Accésit · Narrativa · 2000

M<sup>a</sup> Clara Puentes Castillo, más conocida por Clara y para unos pocos Clarita, salió del "Todo a 100" escalofriada.

"Voy a subir a casa a hacerme una manzanilla, a ver si se me arregla un poco el cuerpo".

Pero antes de llegar a la cocina, respiró hondo y decidió sin decidir coger el teléfono y avisar a la policía.

Había salido del "Todo a 100" escalofriada, realmente. En las últimas semanas había reducido el número de sus visitas cuando empezó a comprobar que el estampado de sus cojines se repetía invariablemente, el más pequeño tenía calcetines para toda la vida y ella había almacenado botellas de lejía para seguir limpiando durante dos vidas más.

El " Todo a 100 " del barrio no sólo tenía el atractivo del precio, que, sin duda, era el más poderoso aliciente, sino que además ejercía de perfecto centro social para sus parroquianas, la mayoría irremediabilmente adictas. Poseía también una tercera cualidad que garantizaba su existencia: permitía dar rienda suelta a todos esos caprichos de los que una se había privado durante toda su existencia.

Porque a M<sup>a</sup> Clara se le empezaban a amontonar las figuritas de músicos negros muy elegantemente vestidos, a lo largo y ancho del cuarto de estar como una colección oscura de frustraciones.

Pequeñas y juguetonas, aquella orquesta de Nueva Orleans o de Liliput, vaya usted a saber, había comenzado tomando la parte superior del televisor, foco de atención principal de la casa, y sospechosa y tenazmente había conseguido invadir el resto de la salita con un desesperante y patético silencio.

Precisamente aquella mañana había entrado por si habían recibido alguna nueva.

Puri, la dueña, le saludo con alegría:

- "Clarita, hija, buenos días, ¿qué me cuentas?"

- Poca cosa, a ver si te había llegado algún negrito nuevo y a hacerte una visita.

- ¿Qué tal tu hija? Ya le queda poco, ¿no?"

- Como una coca, la pobre. Ha engordado una burrada, no sé cómo va a quitar tanto kilo. Con lo joven que es, una pena, como me pasó a mí que cuando me casé era un fideo y ya ves, guapa, cómo se queda una después de cinco partos. Y toda la vida trabajando, claro. Nacerá a principios de mayo, dice que luego va a hacer "aerobic", pero me parece que poco tiempo le quedará para bailes...

- ¿Va a seguir en la conservera?"

- ¡Anda, claro!, si el marido está otra vez en el paro... Dice que lo que ahora sobra es trabajo en la construcción y que cuando se le termine el desempleo se mete en otra obra, que casi gana lo mismo. Ya sabes que es un poco desgarramantas- dijo Puri en tono confidencial-

Mal chico no es, pero la cabeza no la tiene del todo compuesta. En fin, mientas no le dé por beber...

- ¿Y el niño?"

- Entre todos nos apañaremos. Lo bueno es que como somos muchos, y todos acostumbrados a chiquillos, uno más, ni se nota.



- "Así salen luego todos de sociables" – penso Clara.

Era fácil encontrar niños mocosos y alborotadores por las tardes en la tienda, e hileras de carritos y sillitas de bebés aparcadas en la entrada, con su correspondientes legión de madres potito en mano.

De ciento en viento, les dejaba abrir a los más mayores algunos de los juguetes y cajas de pinturillas taiwanesas de las que sólo viene media mina por dentro.

"Yo-yos" y pistolas de agua para los chicos. Para las chicas una burda copia de "Barbie" o un juego de cocinitas" con sus tomatitos de plástico, tan agradables.

Puri sacó de la trastienda una caja de cartón un poco destartada desde donde asomaban los negritos sus golpeadas trompetas, cabezas o pies y los fue colocando sobre el mostrador en fila india, todos de pie, uno detrás del otro.

- El del saxofón ya lo tienes, ¿verdad?, como hace tanto que no vienes, se me olvida...

- Ya sabes que no tengo tiempo, - se empezó a excusar Clara sin motivo cuando entró como un terremoto en la tienda Pili Montes, la del 3º A, en una excitadísimo estado de nervios y con un ojo morado.

Gritó buenos días mientras abría la puerta con tanta rabia que chocó en un sonoro portazo con la columna, e inmediatamente después les llamó ipendones, qué suerte tenéis, ahí de cháchara sin nadie que os pida explicaciones!, anda que...

Puri retiró las figuritas hacia un lado del mostrador y Clara se esquinó un poco hacia la pared. Sin embargo, la mujer no se detuvo sino que entró directamente a los pasillos por el único que tenía en su entrada una hermosísima señal de prohibido el paso que esquivó sin más contemplación. Siguió hablando como si nada mientras se adentraba por entre las entrañas de plástico del pretendido bazar. Se detuvo en las góndolas de bricolaje y ferretería y deshizo su camino



con la misma energía y una pequeña sierra en la mano, apuntando a las dos mujeres con provocación y tristeza.

- Esto, además de cortar "lo-que-yo-me-sé", ¿sirve para algo más?

A Clara le ruborizó la violencia de su tono y Puri la miró con una sonrisa comprensiva.

- Pili, Pili, ¡cómo está el patio! ¿por qué no te vas a casa de tu hermano unos días?

- ¡Qué más quisiera yoi, pero ya me lo ha dicho, --y se acercó a Puri en actitud confidencial: Si me vuelvo a marchar, me mata, ya me lo ha advertido. No merezco otra cosa. Eso es lo que me dice. Y tiene razón, no merezco otra cosa.

- Tienes que denunciarle, Pili, coger a tus hijos y arreglar las cosas.

Pili perdió la mirada entre los pasadores de plástico ordenados en un cartón frente a ella. Se le quedó la expresión blanco, como a una niña, y fue rejuveneciendo mientras se adentraba en un sueño dulce que la iba haciendo más borrosa y difusa, como si en un momento fuera a desaparecer completamente, pero de pronto le brotaron dos gruesos lagrimones y todas las arrugas volvieron a su sitio, y recobró la personalidad de Pili Montes, la del 3º A, regresando de su improvisado viaje astral hasta la sierra que seguía sosteniendo en su mano izquierda.

- ¿No tienes más grandes?, me ha dicho que tenía que ser grande... - dijo al fin con una mezcla de inocencia y temor- Busca una que sea grande porque está insoportable, últimamente.

- Puri dudó un momento. Después pasó al almacén y volvió con una sierra verde el doble de grande, pero poco convincente dada su trágica tendencia a caer hacia un lado con pereza.

- ¡Qué tal esta otra?
- No sé.
- Pues llévale las dos y me devuelves la que no quiera.
- ¿No tienes más?
- Venga, mujer, éstas son las normales. Y si no, que venga el...
- Dirá que son tonta.
- Pues que diga lo que quiera, ya sabes tú que no lo eres.
- Apúntalo y te pago cuando vuelva.
- Ya sabes que sin problemas.

Y se marchó Pili Montes hacia su casa, con un cierto tambaleo general y media cara desfigurada, y las vecinas se quedaron un rato en silencio viéndola marchar, hasta que al fin, la propietaria del establecimiento suspiró y pensó en vez alta\_

- "Cualquier día tenemos un disgusto" ●





# > Secretos blancos

M<sup>a</sup> Vega Arresti Díaz

Primer premio · Poesía · 2001

Cuando contemplo tu sueño  
hijo mío,  
me pareces un nido donde reposa  
la paz, robada a todas las guerras  
de la vida.  
Tienes la carita cálida y tu piel  
huele a bienestar y caricia.

Cuando contemplo tu sueño  
hijo mío,  
me parece que redimes todos  
los errores de los hombres.  
De tu nariz huye un viento suave  
que me hace cosquillas de ternura.

Cuando contemplo tu sueño  
hijo mío,  
me pareces un regalo bendito  
amasado con los frutos de la tierra.  
Dos hileras de pestañas tiernas  
cobijan tu sueño azul.

Cuando contemplo tu sueño  
hijo mío,  
me sobra el mundo, la palabra  
y el deseo.  
En el hueco de tus manos  
descargo el alma y la duermo.

Cuando contemplo tu sueño  
hijo mío,  
me parece que penetro  
de puntillas en el tiempo  
y a tu maraña revuelta  
se van danzando mis dedos.

Cuando contemplo tu sueño  
hijo mío,  
hay un sigilo de nomos  
palpitando en los acordes  
de un diáfano silencio,  
y se transforman en lumbre  
los murmullos de mis versos.

Cuando contemplo tu sueño  
hijo mío, mejor cuando tus ojos  
despiertan y me miran limpios, inmensos,  
me doy cuenta de que Dios  
dejó un beso escondido  
en tu cuerpo ●

## I Esperanza

Es la buena esperanza como río  
que desangra el misterio en transparencia  
y cuaja en senda viva la insistencia  
del vidrio vertical del manantío,

del corazón del agua, del bravío  
brote de juventud, que en impaciencia  
por volcar cataratas de su esencia,  
salta al cauce del múltiple albedrío.

¡Qué rumoroso embalse de ventura  
en espera a la vez tensa y serena  
de romper al amor la ligadura!

Se clarifica el alma en la aventura  
de dar un vivo engarce a la cadena  
que va de Creador a criatura.

## II Alegría

Aun no sabes hablar, pero ya cantas;  
hasta mi afán me llega de tu cuna  
un revuelo de pájaros y luna  
que con tu guzla de cristal levantas.

Prendidas a la tuya sus gargantas  
las aves con sus trinos van, a una,  
haciendo el contrapunto, que ninguna  
mota de polvo empaña habiendo tantas.

Dios funde, en unísona cadencia,  
esa música tuya inaprendida  
con este ramalazo de ternura.

Cabrillea en tu gozo su presencia  
y con la espuma nueva de tu vida  
me salpica su mar desde la altura.

## III Dolor

Arde mi hijo, cae la lluvia lenta  
arando en surcos grises a la tarde;  
gime, delira, se estremece. Arde.  
La corneja barrunta la tormenta.

Con un chasquido irrumpe, violenta,  
tumba la espiga su brutal alarde;  
la esperanza me niega su resguardo  
y ciego el huracán mi polvo aventa.

En la noche restalla un alarido,  
se desguaza la entraña en un desgarró  
como de parto estéril, invertido.



Y mi náufraga vida es como un carro  
que ha perdido su rumbo y va vencido  
desandando el camino hollando barro.

#### IV Juegos

A chorros se me escapa la dulzura  
entre tus labios desde el prieto seno,  
y ya me lo desdeñas, que estás lleno  
y apeteces, tan sólo, travesura.

Yo te golpeo con su tibia albura;  
asustado, al golpe tan ajeno,  
me haces un pucherito, yo me apeno  
y te arropa una ola de ternura.

Un ángel te devuelve la sonrisa  
y tu boca, sin dientes todavía,  
como un cachorro a la pelea azuza.

Y comienza una nueva escaramuza,  
y entreverando llanto en alegría  
a jugar a la vida te das prisa.

#### V Primer diente

Ya le salió a mi niño el primer diente  
para comerse el mundo. ¡Que alegría  
cuando ví un piquito en la encía  
tras sentir en el pecho el roce hiriente!



Mientras se percataba agudamente  
de que tal arma blanca poseía  
i de qué pícaro modo se reía  
tratando de morderme nuevamente!  
Si siempre fuera así... si con el brazo pudiera retener en mi  
regazo al hijo aunque me hiera ¡qué delicia!

Mas ley de vida es que me lo lleve  
el ábrego fugaz, dejando un leve regusto al escozor y la  
caricia ●



# > El aire fue un rumor de transgresiones

María José Marrodán Gironés

Accésit · Poesía · 2001

El aire fue un rumor de transgresiones,  
no sólo las carreteras de pausas  
y los ardenes de prisas y vivir  
al filo mismo del volante.

No sólo los tabúes sociales,  
ni las barreras familiares,  
también olvidar los olvidos,  
y amarse, así, tan ciegamente:

Con ternuras infinitas;  
apurando los vasos  
de un amor algo tardío,  
con sorpresa de ser  
cada vez la primera;  
con miedo a que cada vez  
pudiera ser la última.

Se fueron a encontrar como tropieza  
el río en la boca del mar:  
con repentina sorpresa,  
con anunciada seguridad.

Se amaron y creyeron  
haber descubierto la mágica quimera  
para hacer ¡por fin! al amor eterno.

El abrió las ventanas de su soledad infinita  
al darle las llaves de su piso,  
y ella cerró su soledad  
al abrir la puerta de la nueva casa.

El hogar es un altar encendido para ellos;  
las tareas domésticas, su gran baile de gala;  
los sueños perdidos, las aceras de sus pasos.

Nacían por la risa de saberse enamorados,  
morían con la dicha de sentirse, plenamente, vivos.

Se amaban, y creían que ¡por fin!  
el amor les podría ser eterno.

Las rutinas fueron un pájaro de estaño  
en la cadera de los días,  
con él se adentran las confianzas;  
y el otro zapato escondido debajo de la cama  
vino a ser el cuello de una botella.  
Tres: la botella, él y ella,  
eran multitud en aquel ponche de esperanzas.

El hombre musitó, el hábito no hace al monje;  
alguien consideró no es para tanto... ;  
otro opinó no hay vicio que no harte...,  
ella, sólo, dijo perdono lo pasado...

A la par que el calendario, siguieron  
descorchando improperios y embargando  
con burbujas de ira y amenazas  
el gres brillante de los suelos.  
Naufragaban los sueños en mareas de brindis.

Pese a ello, aún se amaban,  
con sed amarga de caricias;  
en pulsos fríos de abrazos;  
con miedo a que cada vez  
pudiera ser la última.

Ella apostó su última ficha de razones y mimos,  
él fiaba en su ruleta rusa de promesas.  
Así entre sequías y lágrimas,  
entre recaídas y besos,  
el alcohol ganaba la partida.

Y en un día cualquiera  
-de dolorosos recuerdos y bendita hora-,  
el aire fue una ola de licencias,  
recogió, ella, su falda de reproches,  
cerró el mueble-bar de su agonía,  
y recicló con proyectos nuevos  
las últimas botellas de ginebra ●





# > Angélica

M<sup>a</sup> Carmen Martínez Lasanta

Primer premio · Narrativa · 2001

El reloj de la plaza marca las ocho cuando Angélica sale de su casa camino de la panadería para comprar, como todas las mañanas, tres dobladillas de pan...

Hoy, un aire fresco y travieso la hace tambalearse un poco, pero a ella le gusta sentirlo en la cara como una caricia de las que nadie le regala en casa. Angélica tiene doce años y ésta es la primera tarea de las que hace a diario desde que tiene uso de razón. Viste sus piernas largiruchas, que parecen desencuadernarse a cada paso, con un pantalón raído que descansa su bajo deshilachado en unas oscuras zapatillas playeras, ajenas por completo a los últimos diseños. El jersey rojo tiene un delantero de amplios ochos, que recorren desde los hombros a la cintura un torso liso que se resiste a caminar enhiesto y alardear de sus hombros. Las mangas le quedan descaradamente cortas y dejan al descubierto unas muñecas blancas y débiles, pese a su costumbre de trabajar en exceso. Tiene un cuerpo de marioneta sin hilos, de títere con un recién regalado cuerpo humano, que provocaría mil ternuras si no lo rematase una cara un poco grotesca. Sus ojos grandes se esconden tras unas zafias gafas de hueso, cuyos gruesos cristales los mudan en enanos lunares negros que esparcen miradas perdidas y lentas curiosidades. Sus labios carnosos dejan asomar unos dientes ralos y desportillados, que ella enseña con su boca asimétrica siempre abierta, como alelada por lo que ve. Su pelo negro, corto y mal recortado, enmarca, diademado, un rostro feú-

cho que ninguna ternura maternal ha confiado nunca en embellecer con su cariño y su dedicación. Angélica parece una tontita del bote, pero provoca, aún sin pretenderlo, un halo de misterio y un ramalazo de ternura.

En su casa, una mujer está en la cama, deleitándose en su oteante duermevela. Controla cualquier movimiento de Angélica y se regodea en el desayuno con cremosas pastas y pan tierno con mantequilla que ella le prepara.

- ¡Cada día vienes más tarde! ¡Qué tonta eres, Dios mío! ¡No vales para nada! ¡Trae, que se te ha de caer al suelo!

Angélica se acelera con las exigencias destempladas de su madre y la mira de refilón, como para que no se note su presencia. Sólo tiene treinta y cinco años, pero parece mayor. Está gorda, medio desnuda y desgredada por la mañana. Se despierta insultándola, pero a ella le parece normal porque es bien patosa y nunca hace nada bien. Por mucho que se esfuerce, no consigue arrancar una sola palabra amable de la boca materna. Le parece guapa su madre, y piensa que estará enfadada por tener una hija tan fea, aunque ella no tenga la culpa de eso. También le tiene miedo y le late mucho el corazón cuando se le acerca, porque nunca sabe lo que va a decir o hacer. Espera para ver si le sobra leche en el enorme tazón de porcelana que todas las mañanas le prepara antes de ir a clase. Lo de las galletas es otro cantar y las tendrá que comer en el colegio, porque su tutor, que siempre le hace preguntas que ella no puede responder si no quiere que la maten, le ha dicho que tome allí leche con colacao, pastas y un buen bocadillo todos los días en el recreo.

Está bien lo del colegio. El autobús va lleno de chicos y chicas con sus mochilas. Casi todos se burlan de Angélica, por fea, por tonta o por desmañada. Pero a ella no le importa mucho, porque sabe que durante seis horas nadie le va a chillar ni le va a poner las manos encima. Bueno, lo de los golpes no lo dice nunca en alto, porque a todos los efectos, sus cardenales, arañazos, heridas y quemaduras de cigarrillos se los hace ella, que es muy torpe y se pega en todas las

puertas y en las esquinas, o les tira del rabo a sus gatos, o intenta fumar a escondidas enfrente de casa. Siempre están indagando sus profesores y sus compañeras, pero ella no se va a ir de la lengua, porque aquella vez su madre fue muy clara:

- Como vuelvas a decirle a alguien que estás sola en casa o que te tratamos mal, te mato. Y cuando venga tu padre, tú chitón.

Su padre se va toda la semana de viaje. Trabaja para una empresa que instala sistemas eléctricos por todo el país. La gente dice que gana bastante dinero, pero a ella nunca le regalan nada porque no se lo merece. Como hay que ahorrar para cuando ellos sean viejos, su padre deja un dinero justo todas las semanas para que se alimenten las dos. Pero su gorda madre dice que es mejor que Angélica coma poco para no ponerse como una vaca y que ya se come ella la mayor parte para que no le tiente comer a escondidas. También por eso la hace trabajar tanto, para que haga ejercicio y aprenda a ser una mujer de su casa. Desde muy pequeña compra, cocina y friega los platos, lava y plancha. Muchos días también hace la cama grande de sus padres y ya lo va haciendo mejor. Antes era tan bajita que no podía estirar bien las sábanas y la colcha y siempre se llevaba sus buenos pellizcos. Su cama, en cambio, es más fácil de hacer, aunque tenga también una manta, porque su radiador siempre está estropeado o no hace falta, pues la que necesita buen calorcillo en la habitación es su madre. ¡Es que si no, se constiparía a menudo! Y Angélica, para calentarse, ya tiene la escuela.

- Ya que nos obligan a llevarte allí, que no sé por qué se creen que saben ellos lo que te conviene mejor que nosotros -dice su madre-, por lo menos que te calienten para todo el día, porque lo que es aprender, con lo tonta y torpe que eres, no has de aprender mucho.

Hubo una vez en que Angélica se creyó un poco más lista y más querida. Tenía nueve años y la llevaron a una casa grande donde había otros niños. Fue después de aquella aventura cuando su madre le prohibió decir nada a nadie de lo que pasase en casa. Pero no adelantemos acontecimientos. Unos días antes, le había dicho que su



abuela estaba enferma, que se iba a cuidarla, y que se quedaría sola en la casa. A Angélica le entró pánico y comenzó a llorar:

- Mama, llévame contigo, que tengo miedo de quedarme sola.

- ¡Tú te quedas aquí a cuidar de los gatos y del perro! Algún día ya te dirá la vecina que pases a comer, y si no, te haces tú algo, que con poco tienes bastante.

Como Angélica no cesaba de llorar, su madre se fue enfadada, no sin antes darle un buen paraguazo en la cabeza. Angélica siguió yendo a la escuela como todos los días. Su maestra la veía más triste de lo habitual y con el pelo mucho más despeinado.

- Angélica, tienes que decirle a tu madre que te lave el pelo y te peine bien, porque en la escuela tenéis que aprender a ser aseados siempre.

Entonces fue cuando su amiguita Laura se fue de la lengua.

- Señorita, es que Angélica tiene una herida en la cabeza, y su madre no está en casa para curarla.

La maestra se acercó a Angélica y rebuscó bajo el pelo hasta encontrar una postilla grande y fresca. Le preguntó y preguntó sobre cómo y quién le había hecho aquello y sobre la ausencia de sus padres. Angélica estaba más muerta de miedo que nunca por estar sola y acabó confesando que sus padres no estaban en casa desde hacía cuatro días, aunque nunca dijo -bien segura estaba ella de que su madre volvería entonces con la rebaja- que la herida era de un paraguazo.

Fue la gota que colmó el vaso. Las sospechas por los habituales cardenales se convirtieron en evidencia de abandono y el director del colegio interpuso una denuncia, mediante la cual Angélica fue llevada a una residencia de acogida, donde los cuidadores, papás y mamás, la trataban como a una reina. Por dos días pensó que su vida iba a cambiar. Pero eso fue hasta que llegaron sus padres y se pusieron a discutir con el director y con su maestra y a amenazar con todo tipo de acciones violentas y denuncias si no dejaban de

volver loca a su hija y de hacerle decir mentiras. A ella se lo dejaron muy claro:

- ¡Ya les estás diciendo que quieres venir con nosotros! ¿Es que no te cuida bien tu madre? Si alguna vez te reñimos es por tu bien, pero padres no hay más que unos y son los que mejor te quieren, insistía su padre, que no estaba muy enterado por otra parte, o no quería enterarse, de lo que se cocía en casa en su ausencia.

Aún pasó otros dos días en la residencia, pero ya se había evaporado ese relajo nuevo que sentía cuando le ayudaban a hacer los deberes, le preparaban agua calentita para el baño y le daban sus buenas raciones de comida, animándola a comerse todo. Allí había muchos libros y nadie le decía que para qué los leía con lo poco que se le quedaba en la cabeza. Nunca había dicho en casa -¿para qué?- que en los libros aprendía cosas nuevas y que conseguía ser un poco feliz compartiendo la felicidad de los niños que vivían entre sus páginas.

La vuelta fue entonces cruel. A Angélica se le colgaron hasta los escasos ratos en que podía evadirse en la lectura. Para leer tenía que esperar a quedarse sola en casa, lo cual no ocurría ahora muy a menudo. La venganza de su madre fue refinada. Durante un tiempo le pegó menos por miedo a que aquellos maestros metomentodos le viesan los cardenales, pero la hizo trabajar a todas horas, fregando suelos a mano, limpiando vomitonas y convenciéndola de que no le iba a ir bien si no aprendía de una vez por todas quién era su madre y su dueña y a quién tenía que respetar y obedecer.

Hoy Angélica vuelve de comprar el pan, hace las camas, recoge su mochila y corre con sus pasitos de marioneta hacia el autobús que la llevará al colegio. Como siempre. Pero hace un par de meses que algo ha cambiado para ella. Su madre se mete a veces en la cocina y hasta prepara alguna cosa los días en que no está su padre. Luego se va con la comida en cazuelas no sabe a dónde. Tarda a veces en venir y Angélica puede leer más tiempo. ¡Le encanta leer y en el colegio le dejan todos los libros que ella quiera! Los primeros días está encan-



tada. Pero una tarde algo rompe la monotonía, pues su madre, acompañada de ese hombre con cara de malas pulgas que a veces va con ella, la coge de la muñeca y la hace apresurarse para ir por calles que conoce bien y luego por callejuelas oscuras que nunca ha visto. Ella se resiste, porque intuye que algo malo va a pasar.

- ¿A dónde vamos, madre? Yo quiero estar en casa, tengo que hacer muchos deberes porque mañana hay examen.

- Calla y camina. Ya los harás cuando puedas, que con los deberes no se come. Tú vas a hacer lo que yo te diga y calladita, si no quieres que te muela a palos cuando volvamos a casa y te cierre en el trastero con las cucarachas.

Al poco, llegan a una habitación sucia y maloliente. En medio hay una cama grande y destartada con unas sábanas desordenadas llenas de manchas amarillentas. Su madre la desnuda a la fuerza y le dice que se quede allí quieta. Tiene miedo y frío. Al poco entra un señor gordo y baboso al que parece hacérsele la boca agua. Ella se tapa avergonzada mientras ve horrorizada que su madre cierra la puerta y desaparece. El hombre huele a vino cuando se le acerca y comienza a retirar la sábana. Ella se retuerce y grita, y hasta consigue darle un arañazo antes de que él apague su cigarrillo encendido en la mano que se le resiste. Con las manos y la boca libres, ella está a su merced...

Unos días después, piensa dolorida y con horror en la pesadilla de aquel día y de los que han venido después, cuando su tutor le insiste en clase:

- Angélica, llevas la mano quemada otra vez. ¿Quién te hace eso?

- Nadie, es que yo soy muy torpe y me pego en todos los sitios y me quemó con la sartén.

- Esa quemadura no te la has hecho con la sartén. Parece hecha con un cigarrillo. ¿Por qué no nos cuentas lo que te ocurre para poder ayudarte?

- No me ocurre nada. Es que soy mala y me pongo a fumar y siempre me quemó.



El reloj de la plaza marca las ocho cuando Angélica sale de su casa camino de la panadería para comprar, como todas las mañanas, tres dobladillas de pan...

Angélica está triste. Sus compañeros han ido de excursión a la nieve y su madre no ha querido que ella vaya, ni siquiera gratis. Está cansada y triste. Sus lecturas amigas, que sostenían su cuerpecillo de marioneta cual hilos vitales, han dejado paso a terribles imágenes y a horribles pesadillas. Verla así, cabizbaja, provoca pena hoy. La curiosidad se le ha escurrido de los ojos y no alienta ya sus pasos tratabillados. No teme el trabajo tan familiar, no ha conocido sino gritos desde que acierta a recordar, pero los paseos de la tarde le dan escalofríos ahora, y cada día le asustan más los pantalones de los hombres y las cámaras de fotos. Ha comprendido finalmente que su madre no la quiere. Lo que no sabe es que desde hace unas horas alguien aparentemente normal vigila sus pasos por orden del Juzgado, y espera con toda su alma poder atar las manos a quien las ha utilizado para arrancar de cuajo su inocencia infantil. Quizás así pueda amanecer un día en que sus hilos de marioneta sean rayos luminosos de amor. ¡Ojalá! ●





# > Ayer vi a María

Ana Tovar Sáenz

Accésit · Narrativa · 2001

Ayer vi a María. ¡Qué alegría! Han pasado más de veinte años desde que perdí su pista; no sabía que hubiera vuelto a vivir aquí. En unos segundos vinieron a mi mente miles de recuerdos y de anécdotas que mi memoria creía haber olvidado.

Tenía yo trece años cuando ella y su familia llegaron al pueblo. El autobús los dejó, a ellos y a sus maletas - los pocos muebles que tenían llegarían después, en un pequeño camión de mudanzas - en el arcén de la carretera nacional, a más de dos kilómetros del pueblo, que resultan interminables si vas a pie en un caluroso día de agosto; lo mismo que si lo haces en vísperas de Nochebuena. Pero como llegaron en un bonito día de primavera, resultó ser un agradable paseo. Poco después de cruzar la vía del ferrocarril, la carretera que les traía se convirtió en calle principal, recta de principio a fin. A la derecha: tres calles paralelas igual de rectas con el Ayuntamiento, el Dispensario y el frontón. A la izquierda: sólo una calle con la Iglesia y la plaza, punto de encuentro y de celebración de eventos. Y como era por la tarde y la temperatura acompañaba mucho, casi todas las aceras de las casas estaban pobladas por grupitos de sillas ocupadas por otras tantas mujeres entretenidas en labores de punto, de zurcido o de mano sobre mano. También estaban en la calle los niños, pues las horas de clase ya habían terminado. Entre esos niños estaba yo, a lomos de la bicicleta que heredé a

los nueve años cuando las piernas de mis hermanos golpeaban el manillar al pedalear y con las mías a punto de hacer lo mismo. Y así fue como nos conocimos; yo, mirando descarada desde mi posición de nacida y criada en el pueblo y ella, un tanto asustada y cabizbaja ante la expectación que su llegada había causado.

La recuerdo como la vi en aquel momento: menuda, morena y con grandes ojos negros. Mas adelante vería su sonrisa, también grande pero blanca y luminosa, como una linterna hacia dentro porque cuando reía se le llenaban los ojos de luz y su risa era tan cantarina que siempre le bailaban los hombros al reír. Aquel verano reímos mucho y las demás estaciones de los siguientes cinco años también, luego lloramos todo un mes de septiembre y nos despedimos jurando no dejar de escribirnos nunca, estuviéramos donde estuviéramos.

En el colegio, ocupó la silla vacía de mi pupitre y nuestras manos derechas quedaron a partir de entonces marcadas por el esfuerzo de escribir cientos y cientos de veces: "No hablaré en clase". Pero de alguna manera conseguimos acabar el curso con buenas notas, lo cual nos permitió disfrutar de nuestro primer verano juntas sin la amenaza de las recuperaciones de septiembre. Aquel mes de junio cumplí catorce años, ella también. Vestíamos y nos peinábamos lo más parecido posible y salvo por la estatura, el color del pelo, el de los ojos y el de la piel hubiéramos podido pasar por gemelas.

Solíamos, María y yo, idear fantásticas aventuras para entretener, en las noches de verano, esas horas que pasan desde que se acaba de cenar hasta que hay que acostarse. Una noche, decidimos tomar por asalto un cerezo que habíamos visto por la tarde cuando volvíamos a casa después de bañarnos en el río. Estaba repleto de rojas cerezas, tan rojas y apetitosas que decían: "Cómeme". A la hora convenida – ninguna en particular – con el último bocado sin tragar y con grandes precauciones, nos dirigimos a la huerta donde se encontraba el árbol en cuestión. Improvisamos recipientes con nuestras propias camisetas y cuando habíamos cogido una buena cantidad cada una – al menos dos puños de cerezas por cabeza y camiseta –, escuchamos un alarmante "clic" y antes de tener tiempo ni para pensar qué podía ser,

sonó un disparo de escopeta que nos hizo salir corriendo. Pisamos tomates, lechugas, tropezamos con unos hermosos melones que casi nos hacen perder el equilibrio y perdimos definitivamente las cerezas en la huida. Llegamos al pueblo fatigadas, con nuestras blancas zapatillas llenas de fango por haber cruzado a la carrera el cenagal que había alrededor del colector de aguas sucias del pueblo. Tiempo después supimos de la existencia de unos artefactos que simulan el disparo de una escopeta para espantar a los pájaros y ocasionalmente a las pájaras nocturnas. No fue la única vez que tuvimos que salir por piernas. Ahora que lo pienso, creo que sentíamos debilidad por esos pequeños frutos rojos y carnosos, ya que en otra ocasión invadimos una finca llena de cerezos a plena luz del día; estábamos sirviéndonos directamente del árbol cuando oímos el ruido del motor de un coche que se acercaba hacia nosotras. Sin dudar un segundo abandonamos la escena del crimen corriendo sin darnos cuenta de que estábamos cruzando otra finca, esta vez de espárragos. Después de un buen rato de caminar, cuando ya nos creíamos salvadas, nos topamos de frente con Rufino, el guarda. Rojas de vergüenza, tuvimos que aguantar la reprimenda de nuestros padres por la multa que el guarda nos puso por el destrozo que habíamos causado en las esparragueras.

Ese verano, casi al final, tuve mi primera regla. Mi madre me dijo con un suspiro de alivio, al parecer, por lo tardío del acontecimiento y con mucho misterio que ahora ya no me iba a quedar soltera. María, que la tenía desde un año antes me explicó, con lo que a mí me pareció mucha más claridad, que ahora ya me podía quedar embarazada. En mi mente quedaron unidos para siempre matrimonio y niños.

El otoño nos sacó del campo y nos devolvió a las copias y cuando llegó de nuevo el verano, abandonamos el pillaje y nos dedicamos en cuerpo y alma al conocimiento de la especie masculina. Las fiestas de nuestro pueblo y las de los alrededores, cobraron un nuevo sentido y nos las arreglamos para conseguir que nos dejaran ir a todas ellas. Los chicos nos parecían fascinantes, aunque no todos claro; nos gustaban más los mayores, es decir, los que tenían al menos diecisiete años. Y así nos hicimos con un nutrido grupo de admiradores que



solían venir a visitarnos en bicicleta mientras duró el verano. Nos reuníamos con ellos como quién no quiere la cosa en el poyo del Ayuntamiento y entre chicles de fresa y bolsas de pipas aprendimos las primeras nociones de sexo, es decir, que todos ellos eran el que más grande la tenía y que eso era lo más importante para todos ellos – después de veinticinco años, he descubierto que muchos de ellos siguen pensando igual -.

También descubrimos el tabaco y la manera de disimular el olor del aliento y de los dedos cuando llegábamos a casa. Fumábamos en los sitios más disparatados. Unas veces recorríamos varios kilómetros para fumar tres o cuatro cigarrillos seguidos sin que nadie nos viera y otras lo hacíamos en el cuarto de baño de mi casa, con la ventana abierta y el pestillo echado confiando así en que el humo no pudiera salir por la puerta. Mientras fumábamos, no dejábamos de hacer grandes aspavientos con las manos para indicarle al humo el camino de la ventana. Pero nuestro lugar favorito era, sin duda, el nogal de la carretera. Allí solíamos ir de noche cuando hacía buen tiempo. Nos costaba un buen rato entre risas y esfuerzos, pero cuando por fin conseguíamos encaramarnos a sus ramas, nos sentíamos tan seguras como en una cámara acorazada. Desde la altura y entre las ramas, veíamos pasar a las parejas de novios que iban buscando la oscuridad de la carretera y nuestra imaginación volaba entre escenas de pasión fantásticas que el tiempo y la realidad se encargaron de poner en su sitio.

El siguiente otoño nos bajó del nogal y nos llevó al instituto. La ciudad. Allí había muchos más chicos y muchas más posibilidades. Descubrimos las discotecas y los jueves del estudiante que rápidamente tratamos de ampliar al fin de semana. Descubrimos el amor y el desamor que ocuparon el primer puesto en el orden de las cosas importantes. Y el primer beso que luego hubiéramos querido que fuera de otra forma o con otro chico, pero que por ser el primero no puede volver a serlo, como la primera comunión. No tardamos en hacernos expertas en el arte de besar; pura práctica, cuanto más mejor. De momento las manos se quedaron quietas aunque imaginaban actividades venideras.



Así estación tras estación, fuimos ampliando nuestros conocimientos de la vida y terminando los estudios en el instituto. Ocurrió entonces, cuando nos disponíamos a dar el gran salto a la universidad – ciudad mayor y mayor campo de acción -. Su familia, por motivos de trabajo tuvo que trasladarse a ochocientos setenta y tres kilómetros de mí. Ella también.

Durante meses no dejamos de escribirnos largas cartas con todo tipo de detalles que poco a poco fueron siendo cada vez más cortas y superficiales para terminar por no llegar en ninguna de las dos direcciones. Nuevas y antiguas relaciones pasaron a ocupar mi entorno, de la misma manera que, supongo, le ocurrió a María.

Terminé mis estudios, comencé a trabajar, conocí al hombre de mi vida – o al menos, eso creía -, me casé, tuve hijos y ya nunca he dejado de correr con la sensación de no llegar a ninguna parte. No se, tal vez estoy huyendo de la fechoría de haberme buscado una vida como la que tengo, sin tiempo para disfrutar de los pequeños placeres y de las largas conversaciones sin marcas de cronómetro. Como cuando era niña.

Ayer vi a María. Ella cruzaba la calle con el semáforo en verde mientras yo esperaba ante el disco rojo. Mis dos hijos no dejaban de pelearse en el asiento de atrás, y yo, nerviosa porque llegábamos tarde al partido de fútbol que debían jugar en el otro extremo de la ciudad, decidí que más valía no llamarla en ese momento, que quizá ha llegado hace poco tiempo y no ha podido ponerse en contacto conmigo o tal vez sentí pereza de hacer un hueco en mi apretada agenda para retomar y poner al día veinte años de separación. Bastantes ocupaciones tengo ya ●





## > Desencuentro III

(La flor de pascua)

Begoña Abad de la Parte

Accésit · Narrativa · 2001

La flor de pascua nunca se le ha dado bien pero siempre sucumbe a la tentación en la misma fecha. Es un anuncio de la Navidad a su acorchada consciencia.

Se le ha caído la primera hoja justo cuando ha sonado la campanada última del reloj de pared (ese horrible arrastre del pasado, de herencias aborrecibles, de muertos que nunca mueren, porque cada tic-tac suena como un aldabonazo en la consciencia: siempre aborreció a su suegra).

Mira el cristal del salón y detecta huellas que el algodón no perdonaría y, mecánica, con ojos de ver, corre a borrarlas con el borde de la manga, pero el tejido de punto no sirve, es mejor la gamuza, y haciendo un esfuerzo sobrehumano la toma del cajón de los trapitos, donde siempre huele a droguería y con la mirada estúpida, ahora con ojos de no ver, frota y frota hasta dejar su consciencia inmaculada.

Trata de imaginar un paisaje diferente, de diferentes colores, donde jamás huela a coliflor cocida, donde las motas de polvo no caigan nunca y permanezcan suspendidas en el aire, donde los rayos de sol no las hagan presentes como un ejército invencible que la subyuga y acongoja a un tiempo. Trata de imaginar que jamás agachará su cuerpo para cargar lavadoras de coladas blancas (lunes y viernes), y de color (miércoles y sábados), y que no sufrirá la persis-

tente idea de una demencia senil adelantada, cada vez que olvide el suavizante para la ropa (ella que no olvidaría jamás ponerlo en sus días para acariciarlos luego, suaves y perfumados).

Se escapa un pensamiento del moño recogido con una pinza moderna, un pensamiento esponjoso, mullido: el olor, aquel olor que no olvida nunca, el que la transporta a exóticos lugares, a brazos desconocidos que imagina diferentes y persiste la idea de que sería hermoso dejarse envolver en esa espiral concéntrica y extravagante que él siempre le sugiere y a la que se ha atrevido a abandonarse. Sólo han cruzado sus miradas y un saludo de cortesía, pero nadie que deje tras de sí un aroma igual puede ser vulgar. Ella lo dibuja a la medida de su ternura.

Hace un rato las paredes del salón se le han ido acercando hasta acorralarla y ha tenido miedo de sentarse a ver el debate de las tardes en la primera, por sí, mientras daba esa inevitable cabezada, acababan por aprisionarla. Por eso estaba ahora en esa magnífica cocina, con todo lo necesario para sentirse feliz astronauta en nave espacial recién estrenada.

Sigue su paranoia y frenética, seca por cuarta vez el mismo seno de acero inoxidable para que nadie lo use hasta el próximo fregado.

Pasa la uña por las juntas de los azulejos esperando que no salga, por Dios, una espantosa culebrilla negra enroscada en sí misma.

Desde la ventana mira los chopos, tres concretamente, que tiene la suerte de disfrutar y el minúsculo trozo de césped. Los chopos absolutamente pelados y con enormes varas encaradas al cielo y el césped encharcado porque ha llovido mucho durante la noche.

Está tensa después del episodio de las paredes del salón y se acerca al botiquín a por los ansiolíticos que había olvidado tomar (también ha olvidado comprar la escarola para la cena de su marido y flanes de huevo para el postre de su hijo pequeño, el de veintitrés años, al mayor le gustan de vainilla).



Da vueltas por la cocina, escucha el ruido del centrifugado de la lavadora, se sobresalta y entonces ocurre aquello tan extraño: por el ojo ciclópeo de cristal, comienza a ver la cabeza de su Manolo girando en una vertiginosa carrera a un centro negro (¿un agujero negro?), envuelta en toallas rosa y azul (tocaba colada de color) y el espanto se adueña de ella. Quiere volver a recordar el perfume para escapar de la historia en que se ve atrapada, pero sólo consigue salir a la terraza del 8º y calcular la distancia que hay hasta los brazos de alguien que la espera sonriente desde hace tantos años...

A la vez caen ella y la tercera hoja de la flor de pascua, cuando justo dan las siete de la tarde. Cinco minutos después llegará Manolo, cansado de un trabajo que ha ido apagando sus ilusiones y ha encallecido su alma. Echará de menos la sombra que, de vez en cuando, se interpone entre él y el televisor, justo cuando marca el gol del empate su equipo. Y además, esta noche, por cuarta vez en pocos días, faltará la escarola en el plato ●





# > Plegaria de mujer

Ma Vega Arresti Díaz

Primer premio · Poesía · 2002

Podéis quedaros la música...

Pero dejadme el susurro de la tarde  
ese murmullo verde de las hojas  
ese tenue zumbido de la tierra  
y esa canción eterna de las olas.

Quedaros el paisaje, pero no  
me toquéis las demás cosas...

La mirada intermitente y escondida  
semi-oculta en la pupila azul del alba  
esa luz que se estalla en la penumbra  
y esa campana añil sobre mi casa.

Podéis quedaros los libros, y los textos

Pero dejadme intactas las palabras  
yo preñaré las hojas con mis versos  
yo inventaré mil cuentos para el alma  
desgranaré mi voz entre tus dedos.  
Quedaros con el baile... y la zaranda

Pero dejadme el secreto de la danza  
esos guiños de espejo sobre el agua  
ese vaivén dorado en la colina  
y esos juglares locos de las llamas.

Podéis quedaros los sueños...

Pero dejadme al menos la nostalgia  
esa voz entre mi voz enroscada  
esas noches con alas de gaviota  
esa danza de besos en mi cara.

Podéis quedaros con todo

La ternura, el Amor, la Paz  
el Alma  
la Piedad, el Dolor, la Fe  
la Calma  
el Recuerdo, el Olvido  
incluso la Añoranza.

Pero sabed...  
Que en un instante secreto del crepúsculo  
pariremos de nuevo la Esperanza.



Si vuelvo a nacer, quiero ser  
Río  
Árbol  
Beso  
Beso de luna plateada  
beso de sol, beso sólo  
beso que quedó escondido  
entre los pliegues del alba.  
Si vuelvo a nacer quiero ser río  
bañar tus pies y tu cuerpo  
empapar tu pensamiento  
humedecer tu mirada  
fluir perpetuo y eterno.

Quiero ser árbol  
cálido, quieto, perpetuo  
árbol que reza al crepúsculo  
y le murmura secretos.

Si vuelvo a nacer, quiero ser lluvia  
lluvia que empapa la tierra  
besa los árboles y los desciende  
lluvia que llora la calma  
lluvia que arrulla los sueños  
y parpadea en el alma.

Quiero ser mirada  
mirada que para el tiempo  
diluye el cosmos, rasga la vida  
y te encuentra.



Si vuelvo a nacer, quiero ser música  
compañera de tus horas  
bálsamo de mis recuerdos  
retazos de mis secretos  
premonitora de tu alba.

Si no fuera mujer, quisiera ser  
Canto  
Poema  
Sueño ●



# > Con alas de esperanza

Isabel Celadilla Santamaría

Accésit · Poesía · 2002

Mírate.

Tus cabellos fluyen hacia la tierra,  
caen blandamente sobre la alfombra de pensamientos  
y se confunden con los senderos azules  
de los caracoles, de los que se fueron.

Tus ojos, antiguos soles de aguas tostadas,  
vagan buscando su aojado sino.

Abiertos hacia la negra eternidad,  
estáticos errantes, borrachos de olvido.

Tu cuerpo de claveles cayó con tus sueños,  
reposa tranquilo sobre cristales de esperanza.

Salpicado por sanguíneos lunares,  
cruzado por caminos, malditos de la escarcha.

Arañas de lava recorren tu rostro,  
retazo vago del ayer, que reverbera en los espejos.  
Has nacido marcada con la estrella  
bajo Luna de sangre, negro reflejo.  
Has caído fulminada por la noche  
olvidando lo que fuiste y tu embajada.  
Asaetada por influjo de la luna,  
ebria de amargos besos, de noches blancas.  
Has perdido tu destino en un segundo  
acunada por espinas, sangre y nicho.  
Dormida entre silencios.  
Ahogada entre recuerdos y vacío.  
Con tu cuerpo palpitante entre sollozos  
vas dejando la piel vieja en el sendero.  
Azotada por recuerdos,  
magullada hasta en el alma y en el suelo.  
Has vivido a la sombra de una guerra,  
tan presente que creíste que era tuya.  
Fuiste rehén sin quererlo,



agotada por las décadas de lucha.

Y ahora, ¿has cambiado?

Ya no eres esa niña confiada

que decía que sí a todo sin pensarlo,

subyugada por un lastre de aguardiente

que arrasaba con silencios de lagartos.

Ahora eres una máscara sin rostro,

de emociones encontradas y difusas.

Desgarrado de dolor,

azotado por caricias como agujas.

¡Levántate!

Nunca dejes que dominen tu destino,

que te marquen con susurros afilados.

Y te asfixien.

Que te ahoguen con recuerdos del pasado.

Ahora es tiempo de acabar con los reproches,

de olvidar a aquel que un día amaste tanto.

Aquí comienza tu vida.

Aprovecha, ¡vuela alto! ●





# > Las tierras del hambre

Ma Carmen Fernández Ezpeleta

Accésit · Poesía · 2002

Ya no pueden con su cruz.  
Son ramas a cuya savia,  
no llega lluvia, ni alimento.  
La muerte ha fijado aquí su morada,  
amenaza cada minuto,  
cada segundo,  
con su boca de hambruna.  
Golpea sus cuerpos  
y extermina la esperanza de sus corazones.  
Toda extensión,

toda,

es un inmenso cementerio  
con tumbas de huesos  
y de cadáveres vivos,  
doloridos, resignados,  
en sus manos no hay  
ni siquiera la piedra de la ira.  
Las sierpes de los polvorientos caminos,  
van uniendo el sollozo callado de los pueblos,  
y engullidas por ellos,

las madres

caminan y caminan,

buscando vanamente de la tierra el regalo,  
y camina y camina,  
ese amor disputando,  
a la oscura guadaña,  
mecer su hijo en sus brazos.

Y en la noche,  
el hotel de más estrellas  
cobija bajo su manto,  
sus quebrados sueños locos  
de los derechos humanos.

Vivir,

es una cruz demasiado pesada,  
y caen bajo la carcoma de la indiferencia  
y el horror de la desesperanza.  
Apagadas las luces del entendimiento,

el hombre,

con las pupilas anegadas de egoísmo,  
mira sin ver,  
y la esperanza se hunde  
en el fango insolidario del destierro de la justicia.

En su soledad,  
son más los muertos que evocan  
que los vivos que les acompañan.  
Para ellos el sol,  
siempre brilla en otro lugar.

Su existencia,

máscara de vida,  
está plena del silencio y la amargura  
que anegan su mundo.



Su garganta seca,  
grita en silencio desde el fondo de sus pupilas,  
el dolor que emana de sus entrañas maltratadas;  
sus células muertas, no se renuevan,  
sin razones para vivir,  
seguir haciéndolo,  
es una prueba más, de su infinita paciencia.

Los que jamás untaron su pluma en el tintero de la abundancia,  
golpean el pecho del mundo implorando justicia.  
Su razón,  
mermada por la fuerza del hambre,  
intenta hacer suya una palabra por inventar  
que la realidad escurre entre sus dedos,  
progreso.

Desde que vienen al mundo,  
se ha violado su derecho a crecer,  
subsisten,  
padeciendo el ahogo de su dignidad,  
esa dignidad maltratada  
que implora humildemente respeto,  
bajo el espejo de unos ojos.  
Que se cierran para no ver.

La cruz rota y ensangrentada,  
de la guerra, la pobreza, la ignorancia,  
va barrenando sus corazones,  
y cubriendo de lodo el gran nicho en que viven,  
echando sobre ellos una invisible red,  
que infinitas arañas negras van tejiendo.

El tiempo  
va royendo la luz de su quimera  
con una realidad desoladora,  
y la necesidad  
se come la carne de los niños  
que no tienen nada que llevarse a la boca.



Hoy, que todo se ve,  
nada conmueve,  
porque la verdad está manchada,  
la justicia comprada,  
la cordura ignorada,  
y el planeta gira, y gira,  
dirigido por oscuras manos,  
que han pintado de negro en muchos lugares,  
hasta el arco iris,

Y en su dolor,  
ellos esperan y esperan,  
ese Cirineo que nunca llega ●



# > El día señalado

Piedad Valverde López

Primer premio · Narrativa · 2002

De monja o de novia, de qué quieres. A mí no me preguntan, ni a mi madre, ni a mi abuela. El asunto es de suma importancia y acaba de constituirse un equipo multidisciplinar formado por mis dos tías, Juana y Francisca, mujeres de los hermanos de mi madre; y mi tía de sangre, hermana de mi padre, María de la Cabeza.

La misión de las tres especialistas está clara: impedir que la sobrina Maricabeza, deje en ridículo a la familia en día tan señalado. Un ridículo social, ridículo vecinal, que para hacerlo basta con que se transparente por alguna rendija la escasez o la miseria.

Miles de mujeres trabajan sin descanso para combatir este mal. En casi todas las casas hay una madre de guardia que lava, seca la ropa en el fuego o con la plancha, cose, zurce o pone piezas mágicas a los pantalones agujereados, burlando todas las leyes de la pobreza y de la física.

Pero no todas las madres están dotadas para este combate. Algunas se dejan abatir fácilmente, permiten que el sueño las invada, juegan con el pequeño en el regazo...

-Arre caballito, caballito arre...

Mi madre es de estas últimas que hasta lee novelas y fotonovelas y se la oye por toda la casa cuchichear, porque no le enseñaron a leer sin mover los labios.

Así que con semejante progenitora, el comité de decencia y dignidad formado por mis tres tías se reúne con carácter de urgencia. Para que todo salga bien el día señalado.

Francisca es modista y antes de comprar la tela recorre todas las tiendas para copiar el modelo: espionaje industrial de primera magnitud. Compra cuidadosamente la tela sin hacer caso de mi madre, regatea los precios y corta el vestido sobre mi cuerpo, que es su especialidad. Todo es perfecto menos mi cuerpo.

-No tiene cintura, ni caderas, ni nada.

Soy la desesperación de mi diseñadora personal.

-Es que es muy delicada para comer.

Mi madre busca causas para los efectos.

-Hija mía tenía que ser. -suspira Juana.

Es una de sus frases fetiche que encierra dentro su biografía, la de mi madre y la mía.

Cinco palabras que son una sentencia. A mis siete largos años de vida es evidente que no serviré para nada

-¿Qué va a ser de ti, Marícabeza?

Juana no posee la habilidad de la otra cuñada para el diseño, ni ninguna otra habilidad manual, incluso es tan descuidada y desastrosa como mi madre, pero con otra actitud, donde va a parar. Suple su escasa afición por las tareas domésticas por las predicciones sociológicas, que se le dan de perlas. Actualmente elabora una tesis sobre los usos y costumbres de las niñas del barrio:

-La hija del Gorrión ha bordado un juego de cama con unos bodosques... un filtiré... ?

Mi madre defiende a la sangre de su sangre.

-Es mayor que mi Maricabeza.

-No- aclara la doctoranda- me refiero a la chica. La de los bodosques es la chica. La grande hace ya encajes de bolillo...

Haría lo que fuera por desdibujar aquel frunce en el labio de mi madre, pero por supuesto, ese "lo que fuera" no incluye hacer bodoques.

Los meses de marzo y abril, mujeres precavidas valen por tres, están dedicados a planificar el día señalado. A saber, el evento tiene dos partes diferenciadas: una la del vestido, en vías de estudio y solución. Y dos, el peinado, del que aún no se tiene un proyecto convincente.

-Si le pones un moño parecerá un chupachús. Tan seca y tan larguiruta.

Apunta, con dudoso ingenio, una de ellas, y añade con venenosa intención.?

-Menudos tirabuzones llevará la hija del Gorrión.

-¿La de los bodoques? -digo yo, que no soy manca.

Las tres autoridades en la materia dirigen sus miradas a mis mal repartidos veinticinco kilos, pesadilla de la modista. Por un momento me fulminan, pero un amago de sonrisa en el rabillo del ojo de mi madre me endereza. Y cuándo las miradas cómplices de mi abuela y de mi madre se encuentran, subo hasta el techo de la habitación desde donde continúo oyendo a las catedráticas.

-¿Y el pelo suelto?- se aventura mi madre.

Niegan las tres, con la cabeza, sin ni siquiera entrar en detalles de aquel disparate. Y yo, que sigo en el techo, me entretengo y me divierto con la calva incipiente de una, las canas alineadas de otra y la grasa reluciente de la tercera.

Me canso de estar en el techo, pero no puedo bajar mientras mi madre y mi abuela estén en la habitación.?

Me pasa con frecuencia. Las miradas de amor me catapultan al techo, o al cielo. Me seguirá pasando cuando menos lo espere. Eso sí, nadie me advierte sobre las brascas caídas. Caídas que me magullarán, irreparablemente. Aprenderé con los años a aferrarme al suelo y a la realidad, para no darme batacazos.



El debate sobre el peinado es tan arduo que no puede resolverse en la primera edición, por lo que quedan emplazadas en el mismo lugar, dentro de una hora. Aplazamiento involuntario, muy a pesar de las contertulias que estaban dando con las mejores metáforas, símiles, hipérbaton, hipérboles.

"Parecerá una jirafa". "Alfiler con cabeza". "Le hará falta una escalera al cura para darle la hostia. "

Es la hora de la comida. Lo de la hora no es ninguna aproximación sino exactamente el tiempo del que disponen mi padre y mis dos tíos, albañiles de profesión, para reponer las fuerzas, el sudor y hasta la sangre que derraman en el andamio.

-Sobras.

Miguel es de pocas palabras.

-Sobras de la cena, Juana, cago en la mar.

Y en esos casos, mejor quedarse con las pocas palabras. Pero Juana sabe llevar bien a un marido, es sabia y él respeta mucho a su hermana, la novelera.

-Toda la mañana ayudándole a tu hermana. Si no fuera por nosotros...

Juana domina la critica constructiva.

-Tu madre tan apañada, tan limpia, tan...

-Postre. -dice el hombre de pocas palabras.

-Y no digamos nada de tu sobrina. Yo no sé que va a ser de esa niña, te lo digo de corazón, porque me da lástima, si fuera hija mía.

Y Miguel monda la naranja con las uñas blanquecinas del yeso y cada gajo que se lleva a la boca lleva la amarga leyenda: SI FUERA HIJA MIA, SI FUERA HIJA, MIA, SI FUERA...

En las otras casas también comen naranjas. A mi padre se la monda siempre mi madre, sin mediar palabras, tácitamente. Con un cariño básico, sin estridencias, que a él le basta y no le sobra.



-¿Cómo vais con el vestido? ¡Qué gana tengo de ver a mi niña, qué gana tengo de que llegue el día!

Mi madre le alarga la naranja.

-Verás cuando salga a leer. Se lo sabe de memoria el papel que le ha dado el cura, que tienes que ver el papel, dos hojas...

-¿Y la de Mariano qué?-pregunta.

Mariano es el encargado de la obra.

-Las otras, nada... Sólo Maricabeza... ?

La naranja destila vanidad y casi justicia, una justicia caprichosa, imprescindible.

Él se monta en la moto "Guzzi" y vuelve al andamio con las ganas de ver a Mariano para echarle una mirada de venganza secreta.

A Francisca le da tiempo a todo. Anoche mató un pollo y con cuatro almendras y cuatro ajos tiene al padre de sus cinco hijos medio loco. Tan loco que le quiere quitar el mandil, el sinvergüenza.

-¿Qué haces, niña?

-El bolso ¿qué voy a hacer?

-¿Qué bolso es ese?

Un bolso precioso, que me hace con el cartón de un rollo de papel higiénico "El Elefante", comprado para esa ocasión y no para la originaria, que para eso está el papel de periódico. Con el cartón y los restos de tela, organdí, tafetán y alfileres ganaría el primer premio de un imaginario e imposible concurso de bolsitos para meter el escapulario, los guantes y el pañuelo bordado.

Tan poderosa es esta tía mía que cuando regresa al punto neurálgico de operaciones mi madre aún friega el vidriado. Me da una voz, me sube a la mesa, se arma hasta los dientes de alfileres.

-Que te pincho, estate quieta, que te pincho...

-Ay, ay... ?



Mi madre ataca.

-Dile a la tía lo que vas a leer.

-Antes no se leía en las comuniones, yo no sé esta moda, no saben ya los curas...

Es la voz del relevo familiar. Mi tía María de la Cabeza, que llega a supervisar.

Somos tres Marías de la Cabeza en la familia, en el pueblo de cada diez, once nos llamamos así. Por la patrona. Mi tía tocaya, tiene buen corazón y buen talante pero tiene sus teorías respecto a la capacidad de mi madre para hacerme una mujer de provecho, y eso que mi madre ha escondido todas las novelas. Ser buena no le impide hacer preguntas criminales.

-¿Cómo llevará el pelo?- dice la Santa Inquisición.

Y yo que estoy en la mesa, que llevo ya la mitad de mis siete años sobre aquella mesa de mármol, me arranco con la parábola de la cizaña y el trigo:

-En aquellos días, estaba Jesús con su discípulos.

Y esta vez, todas ellas, una a una, me suben al techo. Traspaso el tejado, las nubes, la biosfera. Pero no advierto que mi madre y mi abuela inician una conversación sobre algo ajeno a mí, por primera vez en siete años. Así que caigo de sopetón, me hincó todos los alfileres y me incrusto el acerico en el costado. El comité infatigable, continúa en lo suyo.

-¿Tú qué dices Francisca?

De cuñada a cuñada. Sin intermediarios.

Juana emite el último avance informativo:

-La hija del Gorrión tiene una mata de pelo, que le han dicho que se lo compran en cuanto que se lo corte. Le dan un dineral.

A mí me dan ganas de recitar otra vez la parábola, pero no ha lugar. Mi tía María de la Cabeza me ha cogido las trenzas sin avisar y comienza a sopesarlas entre los dedos.



-Esto no vale nada. Con el pelo tan hermoso que tiene mi hermano.

Mi madre vuelve a la carga, como una inconsciente, insensata, imprudente, incauta madre.

-¿Y si le dejamos el pelo suelto?

Yo apoyo a mi madre con todas mis fuerzas y con toda mi inteligencia también.

-Santa Teresa llevaba el pelo suelto.

Mis tres tías, la socióloga, la diseñadora y la coordinadora general afilan sus miradas y encogen sus cejas, con tal similitud, que parecen trillizas. Y cuando voy a agacharme para que no me alcance tan venenoso misil, descubro que es a mi madre a quien han pulverizado.

Mi abuela y yo aunamos nuestras fuerzas sin ensayar previamente, y levantamos aquel montoncito de madre del suelo. Mi madre, en pie de nuevo, aunque sólo para rendirse y entregarme a los leones, a las leonas.

-Lo que digáis.

A partir de ese momento mi cabeza se llena de peines y de horquillas y de tirones y de rayas y de manos que trenzan y destrenzan...

. Con el pelo suelto, el vestido a medio poner, el calor traidor de abril y el mal guiso con patatas de mi madre bailando en el estomago, a punto estoy de caer, cuando el pecho mullido de mi abuela Cabeza, me hace de red.

-La vais a marear a la pobre. Vente, hija mía, vente al airecito.

Entonces pasa mi vecino y me ve. Y se ríe tanto y tan alto de aquella cigüeña destrozada, que hago el más grande de los ridículos. Tan intenso que puedo expedir certificados y dar un master. Mi primer ridículo, el verdadero, el del amor no correspondido. El del amor mal correspondido.



Y con esa hendidura en el alma me meto debajo de la tierra, en lo más oscuro y en lo más hondo, El barro se mete en mis ojos, pero los dedos sabios, oportunos, kilométricos de mi abuela y el sonido inconfundible de la moto de mi padre, me devuelven a la superficie.

-Lee a tu padre lo del cura.

Con el pelo ralo, el traje aplastado, el pecho de amor muy dolorido, hago brotar dos lágrimas de orgullo al albañil analfabeto.

No puedo acabar el recitado, el comité contraataca. Me llevan en volandas, me suben otra vez a la mesa, pero ya estoy a salvo, que esas dos lágrimas de mi padre son ungüento para torturas.

Llega el día, el día señalado, como llega todo, como se pasa todo y no llega más.

Ese día en que sin la ayuda de las especialistas mi madre, mi abuela y yo hubiéramos hecho el ridículo.

Llevo el traje que mi tía, la prestidigitadora, me ha hecho, el bolso de premio, los guantes, el libro. No soy la más guapa, ni la más lucida, pero no soy la peor. Mis tías se buscan entre los bancos de la iglesia para felicitarse por el trabajo bien hecho.

En mi cabeza llevo no sólo tirabuzones sino un moño poblado, como Dios manda. Eso sí, más de la mitad del moño es de lana negra. Y para no parecer una escoba vestida (Juana dixit) en la cintura, por dentro del vestido, me enrollan una toalla vieja.

Me hace señas Don Gregorio, el cura, para leer; y mi padre mira a Mariano, y Mariano no ve a mi padre. Subo al altar y simulo leer un texto memorizado, el micrófono lleva mi voz por toda la iglesia. Y cuando noto que mis pies dejan levemente el suelo, y estoy a punto de columpiarme en las columnas salomónicas, oigo la risa de mi vecino, noto sobre la cintura la toalla descolorida, el ovillo de lana arrugado encima de la cabeza y me quedo a ras de suelo, recitando de carrerilla. Conformándome con la satisfacción dibujada y extendida en el rostro de mi madre.

Y la hija del Gorrión llevaba el pelo suelto ●



# > Monólogo o diálogo de besugos

Miren Begoña Abad

Accésit · Narrativa · 2002

No tendrá valor, no lo hará. Pero tampoco la creía capaz de marcharse así, sin avisar, una semana... y ni siquiera sé a dónde. Y esa soltura de pronto, empezando a recuperar el tiempo pasado, reciclando sus apuntes de derecho.

Yo pensaba que era una "boutade", una bravata para intimidarme. Luego pensé que quería dejarme ver que se ponía en primera línea de fuego y atacaba por el flanco del divorcio. Entonces me di cuenta de que era peor: recuperar su profesión y ejercerla.

Tenía prestigio todavía y a su padre, dispuesto a abrirle camino en su despacho. De hecho siguió conservando el de ella cuando lo dejó para casarnos

Cuando llegó Román a nuestras vidas yo creía segura su rendición: Ella no volvería a ser otra cosa que esposa y madre. Un hijo es lo más importante para una mujer, y un buen marido, claro.

Yo lo era. Mi puesto de trabajo nos ha asegurado una vida cómoda y desahogada, y un estatus social envidiable. Luego vendrían más hijos. Yo le daba todo lo que una mujer puede desear: Estabilidad económica, emocional y libertad. La dejaba moverse y tomar cafés con sus amigas (estúpidas todas, unos auténticos parásitos, frívolas y neuróticas, como todas las mujeres). Incluso aceptaba de buen grado que acudiera a clases de oyente en la Universidad (una estupidez por mi parte; creía que era una afición inocente, pero real-

mente le llenó la cabeza de pájaros y la mezcló con esa chusma de feministas reprimidas y resentidas). Prefería animarla para que acudiera al gimnasio, masaje y salones de belleza. Es importante mantener la figura joven y cuidada, siempre me ha gustado la estética. Es agradable llevar al lado una mujer bandera envidiada por todo el mundo, da sensación de absoluto triunfador tener una familia modélica.

Y luego, mira que yo he sido complaciente, siempre con mis detalles, mis flores de vez en cuando. No he olvidado nunca nuestras fechas y he sido generoso con los talones, porque eso sí, yo soy práctico y prefiero que se compre lo que le apetezca en vez de quebrarme la cabeza.

Nunca he escatimado el dinero, sólo con decirme para qué lo ha necesitado y yo se lo he dado si lo creía oportuno. La he dejado decorar la casa a su gusto, consultando, por supuesto, aunque la verdad es que siempre estábamos de acuerdo y a mí lo de los cuadritos me aburre mucho.

Con Román he sido un padre en toda regla. Le he cambiado alguna vez el pañal y le he dado algún biberón. Resulta incluso divertido.

La verdad es que no creo que tenga valor, aunque lo que no tiene es motivo, para marcharse.

¿Dónde va a ir? Está acostumbrada a la vida cómoda y acompañada siempre. Además yo la quiero.



En realidad estoy aterrado, quizás me he pasado en algunas cosas. Reconozco que tengo un carácter un poco complicado. Por otro lado jamás le he puesto la mano encima, eso no, ni la he insultado. Tampoco he venido borracho a casa, o he tenido líos de faldas. Porque lo del flirteo con Lola no llegó a mayores y además ella no lo sabe. En realidad no fue culpa mía. Ella tenía un marido que no le hacía caso, prefería la pesca y los amigos y estaba muy sola. Una mujer tan dulce, tan sensible, tan triste, tan a falta de atenciones y tan femenina, encontró en mí a alguien con quien hablar, en quien confiar y buscaba consuelo y compañía. Siempre decía que era una pena no tener un marido tan tierno y condescendiente como yo. Hubo un momento en el que me vi empujado por la situación y confieso que nos besamos y hubo cuatro caricias, yo no podía negarme, pero no pasó de ahí. Las cosas se precipitaron y Sofía se puso borde de celos, por nada, porque no había nada, pero empezó a comerme la cabeza que si Lola anda detrás, que si anda delante. Las mujeres siempre tan mal pensadas.

La verdad es que Sofía no sabe la suerte que tiene de no necesitar a nadie que la consuele, la suerte que tiene conmigo. No soy muy hablador, pero puede contarme lo que quiera, aunque ella se queje de que la escucho sin interés, pero no es cierto, lo que pasa es que me cuenta unas cosas... Bueno, como todas las mujeres en general, que hablan de tonterías y luego siempre con filosofías, depresiones, sentimientos, y ya cuando entran en la edad de la menopausia que se ponen insoportables. Puede que sea eso lo que le ocurre a Sofía.

¡Qué horror!, como se ponga borde y pida la separación, no podré soportarlo. Desmontar toda mi vida, explicarlo en el trabajo, con los amigos, yo que siempre he sacado pecho por ser capaz de mantener una pareja y una familia estables; yo que represento al hombre de éxito. Y además no podré decir por qué, ni siquiera lo entiendo. ¿Cómo empezó todo? ¿De qué forma absurda se convirtió en un pulso entre los dos, que yo no puedo perder porque siempre he sido el director de la obra y poner en cuestión mi parcela de poder está por encima de mi capacidad de tolerancia? Pero yo la quiero. Y ahora qué puedo hacer para retenerla sin menoscabar mi hombría. Tendría



que empezar a buscar a alguien que se ocupe de las estúpidas tareas de la casa porque desde luego yo, no pienso asumir el papel de ama del hogar, es una mariconada. Anda que no se reirían las vecinas de verme haciendo la comidita, cargado de bolsas y tendiendo la ropa. Y no quiero ni pensar en limpiar los baños, cristales, azulejos y el polvo. Y la plancha, que no sé si es a pilas o se enchufa.

¡Dios mío, estoy perdido!, no podré ver a Román más que en ocasiones, y cuando eso ocurra, o me lo llevo al fútbol, o no sé qué hacer con él. Porque un niño es complicado de entretener y educar a la vez. Para un rato está bien, pero tenerlo todo un fin de semana o unas vacaciones... Además yo la sigo queriendo.

Pero qué manía de volver a ejercer de abogado, cuando se sabe que si no tiene casos de separación de mujeres no van a darle otros asuntos más complicados, porque está claro que no se puede uno fiar de una mujer para asuntos de cierta envergadura.

Por cierto, ¿tendré que buscarme un abogado?



Es incluso capaz de rehacer su vida con cualquier gilipollas al que le guste la danza y las conferencias de metafísica, que hay mucho moderno suelto que se muere de hambre y es un mierda al que no conoce ni su padre, pero las mujeres con sus idealismos estúpidos, ya se sabe..., son unas incapacitadas, unas acomplejadas, que si no se juntan varias no son capaces de mover una pluma, pero una vez en grupo son agresivas y feroces, unas harpías...

No, eso no, ella es incapaz yo he sido el único hombre de su vida..., creo.

Tiene que estar a punto de llegar, cuando llamó por teléfono dijo que sobre la una y faltan unos minutos. Estoy nervioso. Debería disculparme, decir que cambiaré, pero no es cierto, no, a no ser que me vea realmente perdido. ¿No lo estoy ya?

Será mejor dejar que enseñe su juego, dijo que tenía que hablarme. ¿Por qué iba a querer hacer algo así?

*El timbre rompe el silencio y detiene los pensamientos. Él se acerca a la puerta con estudiados pasos, frío por fuera y con el corazón pegándole saltos en las sienes y las manos pringosas de un sudor copioso y delator.*

*Un hombre complaciente con sonrisa de anuncio de pasta de dientes, abre y besa a Sofía con un "hola cariño" que rompa el hielo y un aire de "aquí no pasa nada". Se muere de ganas de saber de dónde, con quién y por qué, ha pasado una semana entre la niebla, sin previo aviso, pero su dignidad, o su espanto, se lo prohíben y espera, como siempre, una vez más, que ella tome la iniciativa en los momentos decisivos. Luego vendrá el contraataque despectivo de macho herido y luego, está seguro, la reconciliación. Yo la quiero, está muy claro.*

"Víctor, vengo a por mis cosas, no quiero vivir contigo. No es nada personal, no te acuso de machista, cretino, aburrido y retrógrado, No es que me sienta sola a tu lado, o que ya sea independiente económicamente, ni siquiera es que haya otro hombre, es simplemente que he dejado de quererte, aunque supongo que ni siquiera te parecerá posible y mucho menos un argumento suficiente".



*Dicho esto, ella se va a su habitación y prepara un pequeño equipaje.*

*"Volveré con más tiempo a por el resto de las cosas, si prefieres puedo hacerlo cuando tú no estés".*

*Un insoportable dolor, algo desconocido, le impide abrir la boca, balbucear una sílaba, alargar una mano para detenerla. Efectivamente esa única razón jamás la había previsto y ahora sabe que está realmente derrotado. Es un cadáver. Quizás lo ha sido siempre ●*

# > Josefina Tarangón

M<sup>a</sup> Carmen Tejada Navarro

Accésit · Narrativa · 2002

Josefina Tarangón fue alumna mía. Cuando me encuentro con esta foto en los periódicos de una abuela de ochenta y cuatro años, que ha terminado el segundo curso de Filosofía y Letras en la Universidad, con toda su familia rodeándola, orgullosos, yo me siento partícipe de ese orgullo, de haber contribuido a que esa mujer sonriera, mirara al frente y tuviera lo que le faltó durante tantos años. Aunque el inicio del cambio lo determinara ella, con su voluntad o con el miedo que aseguraba no le dejaba vivir. Me permitirán que inicie este curso, narrándoles una historia que habla de valor, de una mujer que como tantas otras no se rindió ante la adversidad. De una mujer con mayúsculas, a la que la vida no siempre le fue grata.

Depositada de niña en el convento de San Luca, aprendió a convivir entre rezos y escasez. Pacífica por naturaleza, consiguió de sus compañeras de fábrica, su primer y único trabajo, un aprecio que nunca había sentido. Duró poco. El mayor error de su vida lo cometió al casarse. No obtuvo un marido. El novio bueno que la adoraba, que le prometía una vida de princesa de clase media, con piso, hijos y unas vacaciones cada cinco años, se convirtió en un borracho agresivo que la pegaba y maltrataba, hasta que engordó. Entonces la abandonó.

Josefina Tarangón rondaba los cuarenta y cinco. Se había pasado veinticuatro años de su existencia esperando un mañana más apaci-

ble, un día soleado en el que cesaran los golpes. Y cuando llegó, no supo dónde se le había perdido aquella ansiada sensación de felicidad. Trató de encontrarla en alguno de los noventa kilos que la rodeaban, sin resultado. Era demasiada carne.

Una carne que siempre le acompañaría, que comenzó a criarse en derredor, como una almohada blanda que amortiguaba los palos, magra y fofa, que dificultaba sus movimientos y los hacía torpes y pesados, pero que ella quería por su inmensidad, porque al atardecer en aquella casucha, de aquel pueblo perdido al que él la había llevado, con un huerto que apenas daba para comer, ya no aguardaba con miedo a que llegara, ya no trataba de escuchar sus pasos de borracho, tambaleantes, trastabillando con las piedras del camino, para esconderse, hacerse invisible entre los escasos muebles que componían su hogar. Porque notaba cómo aquella carne le daba asco y era incapaz de tocarla, de ultrajarla. Por eso se marchó y por eso Josefina decidió que aquella carne ya no le abandonaría.

El día que apareció en la escuela miraba tímida los pupitres. Aún la recuerdo con la cabeza agachada, como niño pillado en falta, quizá creyendo que íbamos a recriminarle su atrevimiento por querer aprender o que no íbamos a tratarla con todo el respeto que se merecía. Quiero que sepan que para mí no hay nada más reprobable que marginar a una persona por su aspecto, por su condición o por querer soñar. Estoy encantada de encontrarme aquí con ustedes, con treinta mujeres luchadoras. Aprenderemos a jugar con las letras. Nunca es tarde para volar, para ser como Josefina.

Mi alumna no quiso compartir su vida con más hombres, aunque tampoco podía decirse que se le hubieran acercado muchos cuando él la abandonó. Salvo Eustaquio, el cartero, cojo desde la guerra, nadie se había atrevido a cortejarla. Pero ella con un hombre había tenido más que suficiente. Siguió cuidando de la casa y el huerto y de algunos animales que pudo comprar, dejando transcurrir los años y anidar en ellos la soledad.

Nunca había recibido correspondencia. No tenía familia. Por eso aquella mañana, cuando Eustaquio a la hora en que solía acer-



carse a saludarla, antes de partir en su motocicleta hacia otros pueblos de la comarca, le entregó aquella carta, se extrañó. "¿Estás seguro de que es para mí?" - le preguntó. ¿Quién podría escribirle a ella? "Es del pueblo de al lado"- le dijo Eustaquio. "Podrías leérmela. " "Es para un curso de alfabetización. " A Josefina siempre le había gustado comprar las revistas para ver los santos, como ella llamaba a las fotografías. Le apenaba no saber lo que decían. Apenas firmaba con un par de rayones. Así le había enseñado el médico del pueblo. Escribir, leer, tiempo atrás su marido se hubiera reído de ella. "¿Tú para qué? Apenas sirves para cocinar y atenderme " hubiera dicho. Antes sólo estudiaban los ricos y sabían leer y escribir unos pocos. Quizá con ello se le pasará el miedo.

Un miedo que creyó perder y que había vuelto, que le había despertado sudorosa aquella mañana, con los ojos empañados en lágrimas, oprimiendo fuertemente sus piernas para que su niño aguantara dentro. Pero su vientre, a diferencia de aquella otra vez, estaba vacío, hueco.

La memoria enturbia los recuerdos desagradables hasta hacerlos desaparecer pero a veces resurgen conmoviéndonos. Josefina regresó en su pesadilla a aquella noche en que el suelo embaldosado de su pequeña cocina se cubrió de un líquido espeso, negruzco, color regaliz, que salía de sus piernas abajo. Él la había derribado de un golpe tras estrellar el plato de la cena contra la pared. Había venido más borracho que de costumbre y descargó sus puños cerrados contra ella y su hijo, uno tras otro, una y otra vez, hasta que la dejó medio inconsciente en el suelo, sobre aquel charco de sangre. Josefina nunca supo cómo pero despertó en su cama, atendida por el médico del pueblo. No hizo falta que nadie le dijera que había sufrido un aborto, que no podría tener más hijos.

Debía olvidar ese dolor, ese miedo que la atosigaba, que le oprimía el pecho y le impedía respirar. El no iba a volver. Le habían mostrado su esquela en el periódico. Estaba muerto. Eustaquio le animó. El pueblo de al lado no quedaba lejos. Podía desplazarse todos los



días en el autobús y llegar a tiempo. Un cosquilleo recorrió su cuerpo. ¿Por qué no?

Llevaban nueve meses de curso cuando les pedí que trabajaran en un concurso que habíamos organizado los maestros del programa para ellos, porque creímos que debíamos premiarles por su esfuerzo. Recuerdo aquellas palabras, como recuerdo a Josefina entrando los primeros días en clase, acobardada, su mirada a sus compañeros, a Antonio, a mí. Su primera vocal, su primera palabra, su primera frase. Su firma. Aquella firma gruesa, como ella misma, una Josefina en letras. La primera lectura. "Sólo tenéis que contar algo, vuestra vida, vuestros sueños, un viaje – les dije - Hemos organizado un concurso literario entre todos los pueblos del programa de alfabetización. Dos premios de 20. 000 pesetas y cuatro accésits. Queremos que participéis, que sintáis el placer de narrar, de crear una historia vuestra, que compartáis con nosotros esa ilusión. Habéis luchado mucho estos meses. Demostrad lo que habéis aprendido. Haremos una exposición con los trabajos, leeremos los ganadores. "

Josefina no sabía qué mostrar, qué podía contar ella. Su vida era tan simple. Pero era lo único que tenía, lo único que podía ofrecer. Todos se habían portado tan bien con ella. Antonio sobre todo. Desde que empezó a garabatear con coraje esos palitos tiesos sin significado la había apoyado. El día de la entrega de premios Josefina temblaba. No es que esperara ganar, es que Antonio le había tomado la mano y un cosquilleo que hacía mucho no sentía, le recorría todo el cuerpo. "A Josefina Tarangón, segundo premio, por "Mi vida" ". Antonio le beso en la mejilla. Ella no creía que los aplausos azoraran tanto, que algún día todos la felicitarían, que sería importante, me confesó la tarde que me invitó a su boda, cinco meses después. Antonio se le declaró nada más bajar del estrado y ella nerviosa, asintió con la cabeza, conmovida, creyendo que la estaba felicitando. "Cómo iba a decirle después que no. Ya no había marcha atrás. "- bromeó mientras le abrazaba.

El día de su boda, antes de iniciar el baile, Josefina pidió silencio, alzó su copa con la nieta de Antonio en brazos y anunció: "Antonio



me ha pedido que os dé las gracias por asistir a este acontecimiento tan importante para nosotros y que os advierta que dentro de unos años, cuando obtenga el graduado, volveremos a reunirnos, no queremos que nadie falte a la cita. Tengo toda la vida por delante. Y ahora sé lo que quiero hacer. " ●



